PUNÁ

Después de cinco días de navegación en alta mar, el *Setos* fondeó frente á la isla de PUNÁ, en que se levanta el reducido pueblo del mismo nombre, el cual es una especie de puerto de tránsito, la llave de Guayaquil, si se me permite la expresión, que no es nueva, ni del mejor gusto por cierto.

Hermoso, bellísimo, indescriptible es el panorama que presenta allí la naturaleza á los ojos del viajero. Aquel es un mar de colores, turbio aquí, verdoso allá, azulado á lo lejos, abierto por varios lados, y por otro cercado de tierras en que el verde luce todos sus matices y la vegetación todas sus galas. Y en aquel cielo azul, orlado á trechos por blanquísimas nubes, que ya semejan espuma, ya parecen témpanos abruptos de hielo, vénse, al asomar la aurora y al caer de la tarde, los más vívidos, los más fulgentes, los más espléndidos celajes.

Artista tan inimitable como caprichosa y versátil, la naturaleza le tiene horror á la monotonía. Dijérase que sus cataclismos horrendos, que conmueven las entrañas del planeta, son el medio de que se vale para cambiar una por otra perspectiva, uno por otro paisaje; y cuando sin destruir, ni transformar, contando tan sólo con los colores de su paleta fecunda y con los recursos de su ingenio portentoso, pinta de nácar y esmeralda, de violado y añil, de amarillo y rojo el azul inmenso de los cielos, jamás presenta un cuadro, no igual, análogo siquie-

ra al que otro día presentó. Sale hoy el sol entre arreboles, y entre arreboles se esconde, como salió ayer y como ayer se escondió, como saldrá mañana y como mañana se esconderá; pero ¡qué distintos los unos de los otros, qué variedad la de sus formas y qué diversidad la de sus matices! Hoy, como ayer, semejan las nubes que acompañan al Astro-Rey, en su salida y en su entrada, un caleidoscopio divino, que muestra, en siempre artística confusión, los colores todos del espectro solar, cual si mil iris se juntasen; pero hoy, como ayer, es diferente ese caleidoscopio.

Ningún cielo, ningunos celajes, ningún amanecer, ningún anochecer como aquellos de PUNÁ y de los lugares que, ora al Norte, ora al Sur, están próximos á la línea equinoccial. Pretender describirlos, fuera temeridad, más aún, profanación. No la pluma, el pincel no los remedaría. Concibiéralos la imaginación, viéralos lo fantasía si el Supremo Artista les diese un rayo de su inspiración sublime. Ante esos panoramas de la naturaleza, póstrase el creyente, y vacila, y duda, y cree el ateo.

* * *

A poco rato de haber el *Setos* anclado, llegó á él un bote que conducía á un Cabo del Resguardo, á un práctico y á dos empleados de la Aduana, encargados, respectivamente, de hacer la visita de ordenanza, de guiar el vapor por segura ruta y de evitar la introducción fraudulenta de mercaderías. Como la marea había bajado, no era posible entrar en el *Guayas* sin grave peligro de varar en la barra que hay en su desembocadura, y, por eso, hubo necesidad de aguardar la pleamar del siguiente día.

* * *

Invitado por el Cabo del Resguardo (sujeto de carácter franco y comunicativo, obsequioso y hospitalario como buen ecuatoriano) para ir á tierra, acepté con mucho gusto la invitación; y, después de ocho ó diez minutos de haber partido, poníamos los pies en la pintoresca playa de la isla.

* * *

La población, de clima infernal por lo caluroso, pero excelente por lo salutífero (según me informaron), es, de ordinario, muy pobre y muy rústica. Las poquísimas casas buenas ó regulares que se ven, pertenecen á familias acomodadas de Guayaquil, y en ellas acostumbran éstas á hacer una temporada todos los años, cuando los calores aumentan, y cuando la fiebre amarilla se recrudece.

Aquel día PUNÁ estaba de fiesta: celebrábase la Pascua de Resurrección, y se bebía y se bailaba que era un contento.

Mi amigo improvisado, deseoso de que pasase yo un buen rato, según me dijo, invitóme para asistir al «rumbo de más categoría,» en el cual encontrábase la primera autoridad del lugar, *su Excelencia* el señor *Gobernador Civil de Puná.*

Díle las gracias, y me excusé; pero tantas y tan cariñosas fueron sus instancias, que no me fué posible desairarle.

—Un centro-americano—dijo mi amigo, señalándome con la diestra, cuando, después de subir una amenazadora escalera, estuvimos en presencia de los *celebrantes.*

Viéronme todos con la extrañeza con que se ve siempre á un desconocido; murmuraron algunas palabras; y aunque era yo un *Mesías* á quien no esperaban, y cuya presencia no les hacía maldita la falta, pusiéronse de pie, lo mejor que atinaron, aquellos que no dormían la mona, saludáronme con cariño, y entablamos la conver-

sación que se estila entre personas que por primera vez se dirigen la palabra.

El pueblo ecuatoriano tiene fama de ser el más hospitalario de América Yo así lo creo. Tanto aquellas personas con que fuí presentado, como las que conocí por incidencia, me trataron con cariño y me atendieron, agasajaron y obsequiaron con esmero exquisito, como si hubiese estado unido á ellas por los vínculos de antigua y estrecha amistad. Recuerdo con gratitud sus bondades, y aprovecho esta ocasión para repetirles mi agradecimiento imperecedero.

Después de algunos momentos de estancia en aquella mansión, pregunté por el Gobernador, á quien deseaba conocer y saludar.

Allí está; ese es—se me respondió, señalándoseme á un hombrachón casi tan grueso como alto (tendría más de dos varas), picado de viruelas, moreno de color, y de cuya caraza brotaba el sudor á torrentes.

Ocupaba el puesto principal, rodeado de hombres y mujeres, que bebían entusiastas por su salud, por su felicidad y por todas sus «prendas cívicas y altísimos merecimientos,» á pesar de que él dormía, y no el sueño de los justos, sino la más espesa de las monas, una mona que tenía, como quien no dice nada, cincuenta y tántas horas de existencia, según él mismo me refirió.

A tal grado llegó el entusiasmo de aquellas gentes, fervorosas adoradoras de Baco, por la salud, por la felicidad, por las prendas y por los merecimientos de *su Excelencia*, que, armando infernal algarabía, le hicieron despertar.

Como un caimán que sale de su letargo, con cierta perezosa solemnidad movióse el Gobernador al volver en sí; paseó una mirada á su alrededor, y cuando sus ojos, que miraban con estúpida vaguedad, dieron conmigo, hizo

un gesto de extrañeza, cual si preguntase quién era yo y qué hacía allí.

—Un centro-americano—díjole incontinenti el Cabo.

—¡Ah!—exclamó la toneliforme autoridad; y después de una pausa, y señalando con la mano hacia el Norte, agregó:

—De allá. ¡Bien, muy bien!

—Sí, señor; de allá—le respondí.

—Conque centro-americano. Somos casi vecinos. Su tierra es muy simpática. ¡Cuánto me alegro de que esté entre nosotros! Siéntese acá, á mi lado.

En seguida dió dos palmadas,y acto continuo salieron, de una pieza inmediata, cuatro *muchachas*, por no decir cuatro respetables cuarentonas, que, sin duda alguna, eran lo mejorcito, la flor y nata de la *parranda*.

Mientras tanto la música, un organillo de todos los diablos, capaz de asustar á un muerto con sus destemples, rompió á tocar una piececita, que sólo Dios pudo haber sabido qué era y cómo se llamaba; y la salud, la felicidad, las prendas y los merecimientos del Gobernador recibieron de nuevo el homenaje de las copas, el cual le tributaban todos á la vez.

—A bailar todo el mundo—gritó la autoridad; y dirigiéndose á mí, me señaló á una de las cuatro *damas* de que hice referencia.

La tal, que, por lo visto, no gustaba de cumplidos, no aguardó á que yo le diese el brazo, sino que, con ingenua sencillez, diómelo ella á mí, y, quieras que sí, quieras que no, me hizo dar vueltas hasta que el organillo cesó de tocar.

Juro á ustedes que desde que el hombre pisa la tierra, jamás se le ha inferido ofensa más cruel á Terpsícore.

Tocóle su turno á Baco, y aquí fué la de Dios es Cristo. Con la cerveza que en un momento se consumió, hubiera podido regarse la isla entera. La costumbre, se-

gún me manifestaron, exigía que el presentado, esto es, que yo bebiese una copa con cada uno de mis nuevos conocidos; y ¡Cielo Santo! los míos pasaban de cincuenta; por manera que tenía yo que meterme más de cincuenta copas entre pecho y espalda.

—No; no puede ser—protesté una y cien veces con toda la energía de mis pulmones.

—Es la costumbre—me replicaban todos con toda la fuerza de los suyos.

Mis ojos no distinguían más que vasos de cerveza por todos lados.

De nada me valió ser *héroe:* el número venció al fin, y sorbe que sorbe, y traga que traga, llegué á consumir siete ú ocho vasos.

Y me disponía á dar cuenta con otro, cuando, bendito Dios, Baco se adueñó de la situación, y se armó una *revolutis* infernal, que me permitió escaparme y librarme, no de pescar una mona de padre y muy señor mío, sino de reventar; lo que, francamente, no me hubiera hecho muchísima gracia.

GUAYAQUIL

A pocas millas de Puná desemboca el *Guayas*, y á trece leguas de éste está GUAYAQUIL, la *ciudad de los portales*.

Parece el *Guayas* una gran charca que hubiesen formado las lluvias torrenciales de muchos días. Sus aguas turbias, lodosas y en ciertos meses del año salobres, ora corren hacia el mar, con un movimiento apenas perceptible, ora retroceden empujadas por la fuerza de la alta marea, y como si el Pacífico quisiera rechazar con intervalos aquel tributo que le envían las cordilleras ecuatorianas.

Cuando se acaba de entrar en el *Guayas*, y aún después de haberse navegado veinticinco ó treinta millas en él, cree el viajero hallarse en medio de un paraje desconocido por el hombre y por la civilización. Aquel espesísimo boscaje de ambas riberas, aquellas selvas tupidas, sombrías, salvajes, ostentan todo el esplendor, toda la lozanía de la vegetación tropical, tal como puede admirarse en todos aquellos sitios en que el trabajo no ha movido un solo palmo de tierra y el hacha no ha cortado la raíz de una sola planta ni la corteza de un solo árbol. ¡Qué silencio tan imponente, tan majestuoso reina en aquellas soledades!

Y cuando, después de haberse recorrido treinta millas, se divisan, allá lejos, las cúpulas de las iglesias de la ciudad y el *Hospital Militar*, situado en un cerro cuyo

lomo se bifurca; cuando se distinguen las casitas de las haciendas inmediatas y los mástiles y el casco de los buques fondeados en la ría, siéntese esa impresión grata, indecible, que causa siempre la proximidad de un lugar habitado; y la mente comienza á forjarse en siluetas lo que aquello es, lo que puede ser, y hasta el corazón palpita con más violencia.

Con Guayaquil sucede algo más, algo especial tal vez. Su nombre, al oído tan agradable, trae consigo un recuerdo siniestro, amenazante, fatídico, el de la fiebre amarilla, esa horrible epidemia, que allí es endémica, y un presentimiento amargo, desconsolador, apodérase del alma del viajante. ¡Ah!—exclama uno.—Si hallaré aquí mi sepulcro; yo, que vengo lleno de salud, de ilusiones, de esperanzas; que amo la vida, porque la vida, en medio de sus amarguras, de sus penas, de sus dolores, tiene muchos atractivos, muchos encantos, muchos placeres; si moriré aquí, porque ¿qué privilegio tengo yo para que el microbio de la epidemia me respete, respete mi organismo? ¿Serán estos paisajes los últimos que mi vista admire? ¿Serán este cielo y ese horizonte y estos panoramas los postreros que haya de ver, de admirar, de gozar? Y las campanas de aquellas iglesias ¿serán las que, tocando á muerto, anuncien mi partida de este "valle de lágrimas," y pidan á las almas devotas preces por mi salvación eterna? Y las brisas de este anchuroso río ¿serán las que rieguen mi sepulcro? ¡Oh, Guayaquil!, ¿serás tú, mi *conocido* de hoy, el último de mis *conocidos*, el último de los lugares del planeta en que pase yo las últimas horas de mi vida, el que guarde mis despojos mortales?

Estas preguntas debe de hacerse el viajero al llegar á Guayaquil; éstas me hice yo.

Mientras tanto, el vapor se había acercado al punto en que había de fondear; y la mente había dado de

mano á sus recelos y cavilaciones, para hecerle lugar á la curiosidad, incitada por los espectáculos de vida, de luz, de colores, que de cerca se le ofrecían.

Encontrábame, pues, frente á GUAYAQUIL, y tenía ante mis ojos una multitud de barcos de vela, atracados algunos al único muelle de madera del puerto; muchos botes, llevados á distintos puntos; varios vapores mercantes; las dos pequeñas naves y la torpedera que constituyen la Armada ecuatoriana; el frente del *Malecón;* las torres y campanarios de los templos, y el gentío que, á manera de hormiguero, se agita así en el muelle como en el *Malecón.*

***

El desembarque en GUAYAQUIL es muy fácil, y sólo cuesta veinte centavos; y el embarque puede hacerse á cualquier hora, sin necesidad del permiso previo de la Capitanía que aquí necesitamos de todo punto, como si las garantías individuales estuvieran suspensas de contínuo, ó como si todos los guatemaltecos fuéramos una turba de malhechores que pretendiese evadir la acción de la justicia saliendo del país.

Detalle es este que, á primera vista, poco significa, pero que, en el fondo, puede dar, y dá, idea, si no del atraso de las instituciones, por lo menos de poco respeto á las libertades públicas y de menosprecio de la personalidad humana.

***

Pocas horas bastan para recorrer la ciudad y conocer, aunque muy á la ligera, sus edificios y establecimientos más importantes, entre los que figuran: la *Catedral*, en cuya arquitectura predomina el estilo gótico, situada en la *Plaza Bolívar*, en que hay una magnífica

estatua ecuestre del Libertador; el *Palacio Episcopal*, en la misma plaza; *San Francisco*, en la bonita *Plaza Rocafuerte*, al centro de la cual se alza la estatua del Presidente de ese nombre; la *Merced* y la iglesia de los Jesuítas; el *Teatro* y el *Hipódromo;* el *Hospital Militar* y algunos almacenes de la calle *Pichincha*, que es el centro del comercio y el lugar de más movimiento durante los días de trabajo, pues los domingos y días festivos, GUAYAQUIL, como casi todas las poblaciones de Hispano-América, es una especie de panteón.

Todos esos edificios, así como todas las casas, son de madera. Por consiguiente, los incendios, aunque no son frecuentes (por el excesivo cuidado que se pone en precaverlos), causan verdaderos estragos.

Habitan á GUAYAQUIL, según el último censo levantado, más de cuarenta y cuatro mil almas; y si el área de la población es relativamente pequeña, débese esto á que hay muchas casas de tres y de cuatro pisos, en que viven varias familias.

* * *

Como aquellas mujeres que suplen con afeites y postizos las perfecciones que á la naturaleza plugo negarles, GUAYAQUIL gusta más cuando se le ve á la distancia, desde la ría, á bordo; pues cuando se atraviesan sus calles, desaparecen muchas de las galas que de lejos se admiraba, y con poco que se examine, saltan á la vista lo ligero de las construcciones y lo postizo y poco durable de la ornamentación.

Al lado de una bonita casa, nueva, ó, por lo menos, bien conservada, suele haber otra vieja, ruinosa, que exhibe al desnudo los materiales de que ha sido hecha, y la grama que las lluvias hicieron brotar de la tierra, se ve seca ya por los rayos de aquel sol ardentísimo, en plazas y calles. Dijérase que las autoridades,

ocupadas perennemente en negocios de gran trascendencia ó en las cosas de ultratumba, no pensaran nunca en el ornato y aseo de la ciudad y, lo que es más, en la higiene pública. El *Mercado*, por ejemplo, casi horripila: así es de feo, de viejo y de sucio. Si no fuera por el movimiento de gente que en él se observa, parecería construído para madriguera de ratas, ratones, cucarachas y toda suerte de bichos inmundos y dañinos; cosa que no se explica, ni menos se excusa, en un lugar de la categoría y riqueza de GUAYAQUIL, que es el tercer puerto americano del Pacífico, así por el número de sus pobladores como por su comercio y por el grado de adelanto material, literario y científico que ha alcanzado.

* * *

La especialidad que distingue á GUAYAQUIL de todas las poblaciones, son sus portales, que tienen todas las calles en sus dos lados, y cuyo principal objeto es precaver al transeunte de los abrasadores rayos del sol equinoccial, proporcionándole sombra y algún fresco. Sobre esos portales, las casas tienen una especie de corredor, del techo del cual penden hamacas, que proporcionan grato descanso á los moradores, y de las que se hace tal uso, que en ellas se recibe á las visitas de confianza.

* * *

Goza GUAYAQUIL de muchas de las ventajas que la civilización ha puesto al servicio del hombre; pero carece del elemento más indispensable para la vida, carece de agua potable.

Burla, ironía, sarcasmo es éste de la naturaleza; pues la ciudad está situada en una península, que el *Guayas*

limita por un lado, y un brazo de mar, el *Salado*, delicioso lugar de baños, por el otro.

Sin duda á esto, como también á la falta de desagües, á lo pantanoso del lugar y al menosprecio con que se ve la higiene, se debe el que la fiebre amarilla sea, cual es, endémica en aquel puerto, como ya lo manifesté.

Motivos sobran, pues, para tenerle miedo; pero su comercio es tan considerable, que, á pesar de todo, prospera cada día más, y cada día atrae más y más inmigrantes, que buscando fortuna, suelen encontrar la muerte.

* * *

Ríense los europeos de los americanos, y con sobrada razón, por cierto. Ocupados en luchas políticas, estériles á las veces, ó entregados al ocio y á la molicie, vivimos con los ojos clavados en el Poder ó en el Presupuesto, según que tengamos ideas, ó antojos y apetitos, ó esperamos á que el bocado nos llegue á la boca, á que el Cielo nos mande el maná cotidiano, sin fijarnos en que la mano del Criador depositó en nuestro suelo gérmenes preciosos de riqueza, manantiales inagotables de prosperidad, de que los extranjeros sacan el mejor provecho, y sin que nos importe mucho el florecimiento ó la decadencia del país. La política es nuestro afán, nuestro ideal, nuestro entretenimiento, nuestro sueño dorado; y la pereza el dios á quien rendimos pleito-homenaje, ferviente adoración.

Los americanos han compuesto poesías, novelas y otras obras literarias, y no muchas que digamos, y han hecho y deshecho leyes y constituciones. En esto, sobre todo, han sido fecundos, extraordinariamente fecundos. Pero los adelantos materiales, las ventajas de la civilización de que disfrutamos, nos han sido introduci-

dos por extrañas manos, por gentes de fuera; y como los extranjeros son más duchos que nosotros, y, además, nos conocen muy bien, con frecuencia nos dan gato por liebre, y lo que acá fundan, establecen, fabrican, levantan ó explotan, no pasa de ensayo, de conato, de remedo, que á veces nos deja con la boca abierta, y siempre con la bolsa vacía.

Y lo peor del caso es que todo nos sucede á sabiendas; que todo lo vemos y sufrimos á ciencia y paciencia, ó en cambio de un poco de bilis que se nos derrama cuando la cosa sale torcida del todo.

Ocúrreseme esto por lo que en seguida voy á referir.

Se quería, y con razón, unir á Guayaquil con Quito, la capital, por medio de una línea férrea: todo el mundo estaba convencido, no ya de la utilidad, sino de la necesidad del tal ferrocarril; pero el convencimiento no pasaba de convencimiento, y nadie trataba de realizar semejante empresa. Alfaro estaba antes que todo.

Pero un día (que hoy maldicen los ecuatorianos), presentóse un extranjero; habló del ferrocarril; se entendió con el Gobierno; se firmó el respectivo contrato, y, con aplauso general y regocijo sin límites, se dió comienzo á los trabajos.

El Erario comenzó á sacar plata de sus arcas, y tanta sacó, que, á poco, quedóse exhausto. En cambio, á la locomotora se le veía....la chimenea, pues lo demás se hundía entre los pantanosos terraplenes por que pasaba.

El desencanto fué entonces tan general y tan sin límites como antes lo fué la ilusión. La opinión puso el grito en las nubes, y la prensa lo llevó hasta el cielo; pero ello fué que el empresario, á pesar de esos gritos, fuese, no con la música, sino con la plata á otra parte, riéndose á moco tendido, y dejando á los ecuatorianos con un palmo de narices.

* * *

Hablar de una ciudad sin decir algo de sus bellas, sería grave pecado de omisión.

Sin embargo del intenso, insoportable calor que allá se siente en todo el discurso del año, la guayaquileña no siempre es pálida, como, por lo general, lo son las mujeres de parecidos ó análogos climas.

Hay entre las bellas hijas de aquella simpática tierra muchachas de tez sonrosada, de cutis lozano, carmíneo, que nada tienen que envidiar á las rozagantes mozas de las zonas templadas; mas no son esas, á mi ver, las más lindas, las que en más alto grado ostentan el apetecido atributo de la belleza. Será cuestión de gustos, materia sobre que no cabe disputa, según reza un refrán conocido; pero yo, puesto á escoger, preferiría, y me quedaría por de contado, con las que, hermosas cual vírgenes de Sión, lucen dos ojos negros, negros y tenebrosos como una de esas noches de invierno en que el firmamento parece cubierto de un manto de terciopelo, en un rostro pálido como una azucena; rostro que le *habla* al alma, no á los sentidos, apacible, espiritual, adorable.

Como signo distintivo, como rasgo común á todas las guayaquileñas, puede señalarse su pie diminuto, brevísimo. De tal suerte están todas convencidas de que poseen esta gracia, que se calzan con todo esmero, y no pierden ocasión de mostrarla á la curiosidad. Gentes muy pobres, chicas que llevan el traje sucio y raído, calzan, sin embargo, zapatos flamantes, y aún primorosas botitas.

La guayaquileña es elegante, simpática, expansiva y de muy agradable trato.

Dícese que sabe amar de veras.... Lo que yo sé decir

es que bien vale la pena de ser amada con el alma entera....

Como los paseos, las diversiones y las fiestas son escasos, la iglesia es el punto á que concurren con frecuencia las muchachas, y allí es donde únicamente se les puede ver todos los días.

Por la mañana, y para asistir á cualquier acto religioso, usan el manto y se visten de negro. El sombrero y los trajes de color se quedan para las festividades y diversiones profanas.

* * *

El liberalismo ecuatoriano tiene su asiento principal en Guayaquil: allí residen los más conspícuos parciales de Eloy Alfaro, y allí se editan los periódicos que con más decisión defienden las ideas de dicho partido. Pero, á lo que parece, no es la patria de Olmedo y de Montalvo la tierra más á propósito para que la semilla liberal fructifique y prospere; pues la gran mayoría de la población sigue siendo fiel á sus tradiciones legendarias, y forma en las filas de la escuela conservadora, sea por educación, sea por convencimiento.

Obsérvase en las repúblicas hispano-americanas que los gobiernos, aunque no representen ni sostengan las ideas del pueblo, cuentan siempre, en la apariencia, con la opinión del mayor número; porque los más, antes que conservadores y liberales, son *pancistas*, que «al son que les tocan bailan;» y de aquí que pudiera creerse que en el Ecuador (donde dominan y mandan los que tienen á honra llamarse discípulos de García Moreno), es tradicionalista y ultramontana la mayoría, porque tradicionalista y ultramontano es el régimen que allá impera.

Pienso que no es así: la máscara política suele ser

muy indiscreta: disimula, pero no engaña, ó, en otros términos, oculta el rostro, pero deja al descubierto la fisonomía, sobre todo cuando se trata de gentes que, por su buena fé, por su sencillez ó por su ignorancia, no gastan hipocresía, ni entienden de dobleces, ni se valen de tretas y argucias.

No sólo á varios empleados, sino también y principalmente á individuos del pueblo, rústicos por todo extremo, y que vivían de su trabajo material, les pregunté á cuál partido estaban afiliados, y, con sincera ingenuidad, respondiéronme que al partido de García Moreno, de quien me hablaron con religioso respeto, y cuya memoria es allá muy grata, á pesar del afán con que liberales de todas partes han pretendido hacer de aquel grande hombre un tirano aborrecible, especie de Torquemada, verdugo del progreso.

García Moreno, cuyo vasto talento reconocen hasta sus más encarnizados enemigos, es uno de los mandatarios más probos, más íntegros, más ilustrados y más respetuosos á la ley y á la justicia, pero enérgicos á la vez, que haya habido en Hispano-América; y, por eso, el pueblo, que siempre aborrece á sus opresores, aunque por temor les rinda homenaje, bendice hoy la memoria de aquel ilustre patricio, y profesa, respeta, defiende ó sostiene sus ideas, netamente conservadoras.

A los incautos que todavía piensan, creen y dicen que el liberalismo es la salvaguardia de las libertades públicas, los llevaría yo á Guayaquil, ó les mostraría, y esto fuera bastante, los periódicos que allá se publican, para convencerlos de cuán equivocados están.

Por supuesto que hablo de la verdadera libertad, de la legítima, de la que, respetando lo sagrado del hogar y los actos puramente individuales, ataca los abusos gubernativos, los desmanes de las autoridades, las faltas de los funcionarios.

Dícese aquí, á diario, entre humaredas asfixiantes de incienso para los de *arriba* y denuestos hidrofóbicos para los de *abajo*, que entre nosotros la prensa independiente, más de una vez, siempre ha traspasado los lindes que deben contenerla.

Pues bien: nunca se ha escrito y publicado aquí, es decir, en la nación más *liberalizada* de la tierra, nada que pueda competir en libertad con lo que se ha escrito y publicado allá, esto es, en el país más ultramontano del planeta.

EL CALLAO

No sé si la niebla es contínua en las costas del Perú; si el cielo que cubre á todos sus puertos, desde Ilo hasta Tumbes, presentase siempre color de plomo; si el sol sólo envía á aquellas tierras áridas y arenosas mortecinos, débiles rayos, impotentes para que la vegetación prospere y florezca; si las olas de aquellos mares vénse constantemente privadas de brillantes reverberaciones, que platean la onda espumosa; no sé, digo, si este es el panorama sombrío que el viajero tiene presente cuando visita el litoral de aquella república, ó si, por efecto de la estación, cúpome la mala suerte de no gozar, cual el ánimo hubiera querido, en ninguno de los puertos peruanos, del panorama magnífico que ofrecen una atmósfera despejada, un cielo azul, un sol de fuego y un mar de oleajes diamantinos.

Como á las tres de la tarde del 22 de septiembre de 1892, el *Valeria* arribaba al CALLAO.

—"Allá está"—decíame uno de los pilotos de á bordo, señalándome con el índice de la mano derecha el fondo de la bahía en que, momentos antes, habíamos empezado á navegar.—Pero la vista anhelante no acertaba á percibir sino los mástiles de algunos de los buques allí fondeados. Necesario fué que estuviésemos como á dos millas de tierra para distinguir, en conjunto, las casas de la ciudad situadas en el *Malecón*.

Numerosos buques de vela y algunos vapores pobla-

ban la bahía, señal inequívoca de la importancia mercantil del puerto; y, sin embargo, la desanimación, la falta de vida, la quietud eran las notas más distintivas de aquel variado conjunto. No se oía un solo ruído que anunciase el trabajo; no se veía un solo bote que surcase la azulada superficie del mar.

Este debe ser un día excepcional—me dije.—Es verdad que el CALLAO ha decaído, como todo el Perú; pero, no obstante, su decaimiento no puede, no, haber llegado hasta este extremo.

El Capitán del vapor me sacó de dudas. Los buques—me manifestó—entran en el *Muelle Dársena* para descargar, y, por eso, se nota aquí esta falta de movimiento. Sólo de vez en cuando, como, por ejemplo, al hacerse un transbordo de mercaderías, llegan hasta aquí las lanchas y los trabajadores.

Y así es, con efecto: en el *Muelle Dársena*, que dá cabida á muchas embarcaciones, es muy diferente el espectáculo que la vista contempla; y al que no hubiese conocido puertos como Valparaíso, Guayaquil é Iquique, en que el movimiento es casi perpétuo y el trabajo importantísimo, habría de llamarle la atención la actividad del CALLAO; actividad que hoy es sólo un remedo, si puedo expresarme así, de la que ayer no más hacía de este puerto el segundo del Pacífico en la América española, y que, traduciéndose en riqueza, contribuyó ¡quién lo hubiera creído! á labrar la ruína del Perú, que sacaba del CALLAO, como de las entrañas de la tierra, del salitre de Tarapacá y del guano de las Chinchas, las inmensas riquezas que entronizaron el lujo y la codicia, corrompieron á los gobernantes, y pervirtieron el amor patrio.

* * *

Dos ferrocarriles, el *Central del Perú* y el *Inglés*, ponen en comunicación el CALLAO con Lima; y como los trenes se suceden con frecuencia, cada media hora (si no son erróneos los informes que me dieron al respecto), el viajero que lo desea puede ir á la capital á los pocos minutos de haber desembarcado.

Mucho, muchísimo deseaba yo llegar á Lima, no tanto por ella cuanto por *ellas;* porque á Lima, no sólo la veía á la distancia, envuelta en nubes, enseñando las torres de sus más altas iglesias, sino que la veía con los ojos del alma, por los libros que había leído y por los relatos que me habían hecho; pero á *ellas*, á sus mujeres divinas, no me satisfacía por el pronto verlas de igual suerte, sino que anhelaba, más aún, necesitaba verlas, y contemplarlas, y admirarlas animadas, vivas, reales, lanzando rayos de ternura, de tristeza ó de fuego de los ojos bellos; entreabriendo placenteras ó contrayendo adustas los carmíneos labios; llenando de ensueños la mente, de ilusiones el corazón, de gozo, de placer el alma......

Sin embargo, parecióme una necedad marcharme sin recorrer antes las calles principales de la población, sin conocer, siquiera fuese muy á la ligera, lo que de más importante tiene; y, en consecuencia, esperé á que llegase la noche para tomar el último ó uno de los últimos trenes.

Como el área de la ciudad es pequeña, el viajero no ha menester de cicerone que le guíe para no perderse.

Nada tiene, nada presenta el CALLAO que embargue la atención. Para que la fantasía se distraiga, menester ha de remontarse á la fecha de su esplendor y de sus glorias; menester ha de recordarle siendo puerto de extensísimo comercio y plaza militar de importancia, alimentando á mil poblaciones con los objetos que por él entraban y con los caudales que al Erario producía, y

vomitando bala y metralla por las mil ventanas de sus fuertes y de sus torres, contra el audaz español, en 1866, y contra los violadores de la Ley, en 1877.

Los establecimientos públicos apenas si valen más que las casas particulares. Estas son de altos en su mayor parte; algunas tienen corredores hacia el exterior, y la construcción de todas, sobre ser muy poco sólida, no es de muy vistosa apariencia. Con todo, el conjunto resulta agradable.

El comercio local, ó urbano, si vale decirlo así, hácese en la reducida escala de las necesidades del pueblo, á juzgar por el escaso número de almacenes, de establecimientos y de tiendas, y por la poca significación de aquéllos y éstas.

* * *

Tal es el concepto que del CALLAO me formé, y tales son las impresiones que él me produjo.

Ignoro si el estado de mi ánimo contribuyó á que todo me pareciese triste, á que por doquiera notase pobreza, decadencia, postración.

Tal vez, porque cuando, recorriendo las calles, penetré en una que lleva el nombre de *Guatemala;* cuando por esto aparecieron en mi mente los recuerdos gratísimos del patrio, amado suelo; cuando en ese nombre creí ver una prueba de simpatía del Perú á mi tierra natal, parecióme que el cielo se despejaba; que el sol quemaba; que la mustia y raquítica vegetación reverdecía y tornábase lozana, y todo lo ví risueño y alegre, y todo lo juzgué precioso, encantador!......

LIMA

Es hoy la misma de hace veinte años, pero á la manera que el anciano es el joven de otros días: porque conserva algo de lo que fué, algo que no se altera con el tiempo, ciertos rasgos característicos, cierta fisonomía propia, íntima, el sello de la personalidad, si vale decirlo así.

La antigua *ciudad de los Virreyes*, centro hasta ayer del lujo, de la riqueza y de los placeres, está hoy empobrecida, casi triste; ha decaído.

Todo en LIMA revela un pasado esplendoroso. Sus monumentos históricos, sus palacios, sus iglesias, todos están en pié; pero en todos adviértese que la mano del hombre no ha contenido los estragos del tiempo, la acción destructora de los años.

Con mármoles que mano primorosa labró, se embellecieron las plazas y los jardines; y de mármol se construyeron las escaleras y los pavimentos de la mayor parte de las casas centrales de la ciudad. Esos mármoles aún se conservan; pero ya están gastados, rotos, envejecidos; su blancura háse trocado en amarillez.

Capital del Virreinato por la Madre Patria predilecto, de la más rica y productiva posesión española en el mundo colombino, y residencia de las más distinguidas y acaudaladas familias que de la Península vinieron á desempeñar cargos públicos, á acrecentar su fortuna, ó en busca de climas más benignos, de otro cielo y de nue-

vos horizontes, LIMA heredó de la Colonia más valiosos elementos que las otras capitales y poblaciones del continente; y al trocarse de esclava en sultana, después de las batallas de Junín y de Ayacucho, ataviόse aún más, y gastó mayor lujo.

Primero era rica; después fué opulenta.

LIMA llegó á tener más de trescientos cincuenta mil moradores; y, durante un lapso de tiempo relativamente largo, ocupó el primer lugar entre las capitales sudamericanas.

No satisfechos sus pobladores con los palacios que en la ciudad habitaban, edificaron los *ranchos*, palacios de recreo, que embellecen las deliciosas villas de *Chorrillos* y *Miraflores*, lugares balnearios próximos á ella.

LIMA brilló, lució como un relámpago, como un rayo de luz que se pierde en el espacio, como una exhalación que de las alturas desciende: su espléndida juventud marchitóse bien pronto, y si antes no consentía rivales, vése ahora obligada á soportar vencedoras. Buenos Aires, Santiago de Chile, Río Janeiro, Montevideo y Valparaíso le llevan hoy la palma como hermosas y como ricas, y á medida que éstas florecen, aquélla decae, ó se mantiene, por lo menos, en el mismo estado.

* * *

He dicho, y lo repito, que la mano del hombre no ha contenido en LIMA los estragos del tiempo.

Es verdad; pero así como el genio y el talento, aunque languidezcan, no se extinguen sino con la muerte, y de la niñez lozana conserva vestigios la vejez marchita, así también del esplendor pasado consérvanse, más ó menos intactos, según su mayor ó menor edad, restos que lo atestiguan y lo hacen patente.

Sobre todo, un siglo para un individuo es un año para un pueblo ó para una ciudad; y la antigüedad de LI-

MA, históricamente hablando, es de muy pocas horas, como quien dice, de ayer; por manera que al decirse que ha decaído, que está empobrecida, ó que su florecimiento llegó á un punto del que no ha pasado, no se manifiesta con eso que carezca de edificios, de monumentos, de paseos y de casas suntuosos, bellos y bien conservados.

* * *

Entre los edificios públicos de LIMA, son dignos de mencionarse especialmente: el soberbio palacio de *La Exposición*, que rivaliza con los mejores de Hispano-América; el *Palacio del Gobierno*, de vistosa apariencia; la *Catedral*, la *Merced*, *San Pedro*, *San Francisco* y *Santo Domingo*, templos viejos, pero ricos de artísticos tesoros; la *Plaza de Acho*, acaso la mayor plaza de toros del mundo, como que puede contener más de diez y ocho mil personas; el teatro *Politeama* y el *Portátil;* la *Penitenciaría;* los hospitales del *Dos de Mayo*, de *Santa Ana* y de *San Bartolomé*, y la cómoda estación del *Ferro-carril Trasandino.*

Los parques y paseos más notables y más concurridos son: *La Exposición*, en que se levantan el citado palacio del mismo nombre y muchos y muy preciosos kioscos; la *Plaza Bolívar*, antes de la *Inquisición*, al centro de la cual plaza hay una magnífica estatua ecuestre del Libertador del Perú; la plazuela de los *Descalzos*, lujosamente decorada de mármoles; la *Plaza Mayor*, en cuyo centro hay un bonito jardín; la *Alameda de Acho*, y la que une á la ciudad con el Callao, la cual alameda tiene á su entrada el monumento del *Dos de Mayo*, erigido en conmemoración del combate librado por los peruanos contra la escuadra española al mando de Méndez Núñez.

El aspecto de LIMA es, por lo general, muy agradable,

y su clima delicioso. El pavimento de las calles centrales, hecho de adoquines, nada deja que desear. En ese punto, Lima está á la altura de las mejores poblaciones.

Ahora, cuando se la contempla desde el balcón de un altillo, y se observan los techos de las casas, la impresión que aquella vista produce no puede ser más ingrata; pues sobre las azoteas, que casi nunca se cuida de componer, se acumulan basuras é inmundicias de todo género.

* * *

Lima es la población de Hispano-América en que hay más templos y más conventos y monasterios, y el sentimiento religioso es en ella manifiesto, visible, aparente; y en Lima existe, tal vez, mayor número de masones que en lugar alguno de la misma América española.

Masones son allá la mayor parte de los jóvenes que, gastando *deslustrado tarro de unto* y lustrosa levita, andan de *Escribanos* á *Botoneros*, de *Espaderos* á *Mercaderes*, de la *Exposición* á los *Descalzos*, de esta á aquella cantina, en suma, de Herodes á Pilatos, en busca de incautos á quienes darles un *sablazo;* y en el Ejército, en el Congreso, en el Poder Judicial y en el Ejecutivo, tiene, y ha tenido, sectarios la ultra-ridícula *hermandad de los tres puntos*, sin que por esto la Iglesia haya sido separada del Estado, ni el clero perseguido, ni la religión escarnecida, ni la sabiduría ni la ciencia hechas consistir en llamar fanático al creyente, y retrógrado al católico, y rancia y huera é inútil la lengua latina; todo lo cual, amén de otras cosillas pintiparadas, ha constituido entre nosotros el adelanto, el progreso, la civilización, etc. etc., según el criterio de cierto patriota extranjero, que, *impulsado* á discurrir sobre nuestra polí-

tica, descubrió ¡oh sagacidad sin par! que cada acto oficial es un avance en el terreno del derecho, y cada gobernante (de los *paganos*, por supuesto), un genio sin segundo.

Y es (y concluyo la digresión) porque, según datos que me suministró persona enterada de las cosas, el masón peruano, cuando no se hace por moda, sin darse cuenta de la empresa que acomete, sino que se hace por convicción, guiado por el *filantrópico* fin que la secta persigue, transige con el culto, con la doctrina, con el clero, con todo, todo, todo, menos, por supuesto, con la falta de empleo oficial ó con la ingerencia en la política....

Pero ¿á qué traer esto á la memoria? ¿A qué hablar de extravagancias y errores y miserias cuando bullen en la mente los recuerdos gratísimos, imperecederos, perennales de aquella LIMA, que, decadente y todo, jamás puede ser olvidada por el que un día la vió, y gozó de sus atractivos y de sus hechizos, y pasó en ella horas que fueron minutos, y días que fueron horas, sin pensar siquiera en que sobre el haz de la tierra hay desgracias, ni penas, ni amarguras, sin recordar que sobre el planeta se cometen desaciertos, ni bajezas, ni infamias, ni crímenes?

Yo os aconsejaría á todos: id á LIMA; pero id á vivir del presente, de lo que halaga, de lo que atrae, de lo que seduce, de lo que cautiva y de lo que fascina; id á vivir de ilusión, de amor, sin pensar un solo instante en si allá impera tal ó cual partido político, ó llámese bandería; sin inquirir si allá dominan estas ó aquellas ideas, los unos ó los otros principios; sin fijaros en si la gente es rica ó pobre, buena ó mala....; porque todo esto es muy vulgar; porque partidos, ó bandos, ideas y principios, opulencia y miseria, bondad y malicia, hay en todas partes; mientras que en LIMA hay encantos que no hallaréis sino en ella.

Sí; id á Lima; pero no tratéis de saber si ayer fue mejor que hoy; porque, empobrecida y todo, tiene mucho bueno que enseñaros, muchos atractivos que brindaros.

Los torpes y criminales manejos de sus políticos harán tal vez que mañana se vista de harapos; pero, harapos y todo, le quedaría mucho, mucho, con sólo que le quedase el recuerdo de lo que ha sido y de lo que hoy es....

LA LIMEÑA

Viajeros y escritores hay que conceden á la hija de la ciudad de los Virreyes el primer puesto entre las bellezas hispano-americanas.

¡Quién sabe!

Aquí, por ejemplo......

Pero ahora no debo referirme á lo *propio*, y menos he de comenzar elogiando lo de *casa*.

En Chile ví, digo mal, admiré, muchas veces y en distintos lugares, lindísimos tipos femeninos, en que la corrección se auna con la gracia, la hermosura con la simpatía.

Y en Guayaqnil, en la iglesia de San Francisco y al pie de un confesonario, contemplé casi extasiado, durante largos instantes, uno de los rostros más lindos que sea dable imaginar. Aquella mujer, una muchacha que no tendría veinte años, parecía una virgen bíblica, una hurí de Israel. Sus grandes, rasgados y negérrimos ojos veían hacia arriba, no sabré decir si por pueril curiosidad, ó porque el pensamiento de la virgen, vagando fuera de lo terreno, buscaba al Dios de los cielos, allá, sobre las bóvedas del templo, alto, muy alto......; y su boca, una boquita de rosa, tan pronto se entreabría como se contraía. La muchacha, digo, la hurí rezaba, acaso la penitencia que el confesor le había impuesto por sus culpas...... Sí, por sus culpas; que también los ángeles de la tierra pecan.

—Una cara así—me dije—tiene por fuerza que corresponder á un cuerpo correctamente conformado, y aguardé á que la hurí concluyese de orar y saliese á la calle.

Un cuarto de hora después salió: miraba hacia el suelo, inclinada la frente cándida, y llevaba una mano oculta entre el manto, y la otra, blanquísima, surcada de venas azules, pequeña, turgente, aprisionaba entre sus dedos un devocionario.....

¡Qué cuerpo aquel! ¡Qué proporción y corrección de formas! Ni Dante concibió más linda á su Beatriz, ni el Tasso á su Leonor, ni Goethe á Margarita.

En balde quise saber su nombre: á muchos les dí señas de ella, y nadie atinó á saber á quién me refería; lo cual demuestra que allá no es insólito ese género de belleza.

Pero divago.

* * *

El que viaja por Sud-América lleva á Lima una preocupación, mejor dicho, una prevención: va creyendo á pie juntillo, por lo que en otras partes ha oído, que en la ciudad del Rimac no ha de ver sino mujeres con rostro de querub y cuerpo de palmera.

Del dicho al hecho hay gran trecho, advierte un refrán, y los refranes, á las veces, "hablan como libros;" mas, en el presente caso, puede aseverarse que el dicho y el hecho están casi de acuerdo.

Quitadle lo místico, digamos así, á la encantadora guayaquileña cuya silueta tracé, y tendréis una idea del tipo más corriente en Lima, entre las jóvenes de cierta clase.

Grandes y rasgados ojos, cuya negrura se hace más intensa por lo poblado de las pestañas; cutis blanco pálido; nariz recta, ó ligeramente aguileña, casi siempre delgada; boca pequeña, de labios purpurinos; cuerpo no

muy alto, ni grueso, airoso y bien hecho, y un pie brevísimo: tales son, por lo común, los rasgos físicos característicos de la limeña; los rasgos que copiaría el más inhábil de los pintores y la más imperfecta de las máquinas fotográficas.

Porque el mirar de aquellos ojos, y el sonreir de aquella boca, y el andar de aquellos piececitos, eso no lo copia ni el más diestro de los artistas; eso se ve, se goza, no se olvida, y nada más.

La limeña habla con los ojos, pero no como todas las mujeres, sino de muy peculiar manera.

Habla, sí; pero ¿qué es lo que dice?

Esto es lo que no se sabe. Tan pronto sus ojos parecen morada de la dicha, como mansión de la desgracia: y á la vez que lanzan rayos de dulzura, despiden chispas de amargura. Miran á veces como Margarita camino del templo, y á veces como Beatriz á las puertas del infierno.

¡Ah! Y cuando esos ojos miran al través del velo que pende del manto por sobre la frente, cuando esos ojos son los de una tapada (*), entonces su hablar es más enigmático, si vale decirlo así; y el que recibe una de esas miradas, quizá no sepa darse cuenta de lo que le pasa; siente algo que le trastorna, que le altera, que le avasalla, que le magnetiza.

Una de esas miradas podría abrasar el corazón de un cartujo, el de un ermitaño, hasta el de un idiota.....

(*) La verdadera tapada ha desaparecido, como el lector debe de saberlo, y como lo verá en el artículo cuyo mote es *Ir por lana y salir trasquilado.*

Al hablar, pues, en el presente de tapadas, refiérome á las que, por razones que ellas se sabrán, usan el manto con tan "cuidadoso descuido," que cubriéndoles la mayor parte del rostro, sólo deja al descubierto los ojos y la nariz y á veces la boca.

* * *

Los portales de la *Plaza Mayor* y las calles de *Mercaderes* y *Espaderos* son, en el invierno (estación en que estuve allá), y supongo que en todo tiempo, el paseo de las bellezas limeñas en los días de trabajo. Los domingos y días de fiesta, el sitio más concurrido es *La Exposición.*

En dichos portales y calles y en el parque citado, puede, pues, el *turista* admirar á las lindísimas muchachas que ante él desfilan en larga procesión, recorriendo varias veces el mismo sendero.

¡Qué espectáculo tan indecible! ¡Ahí sí que faltan ojos para ver y alma para sentir!

Pasa una, y ¡qué bonita, qué encantadora! Viene la segunda, y ¡es aún mejor! La tercera todavía gusta más. Y la cuarta, y la quinta, y la centésima, y...... todas fascinan más y más, ó cautivan lo mismo, por lo menos.

De manera que si á uno le fuese dado escoger y tomar para sí alguna, las escogería y tomaría uno á todas.

* * *

Goza la limeña, en el exterior y aún en el Perú, de otra fama, por cierto no muy envidiable.

Dícese que es coqueta, y, algo más que coqueta, ligera......

Hasta qué punto sea esto cierto, no lo sabría yo decir. Tal vez se exagere; quizá se abulte; y, en todo caso, puede asegurarse que la regla tiene, como siempre, sus excepciones, más honrosas, naturalmente, á medida que éstas son más escasas.

Nótanse en Lima dos síntomas que si no dan indicio cierto, sí indican lo que en realidad puede haber: el lujo y la pobreza, que, como se sabe, no se avienen entre

sí. No hay, yo no ví una sola de las bellas que asisten á los mentados paseos, que llevase el traje ó un solo detalle de éste, pasado de moda ó de mal ver; y es casi seguro que no todas cuentan con lo necesario para comprar los elegantes sombreros y los finos mantos con que se cubren, y los ricos géneros y los vistosos adornos con que se visten, atavían y emperifollan.

Sin embargo, adolece la humanidad de una manía, harto ingrata, de un prurito, en exceso mezquino, el de escatimarle buenas cualidades al prójimo; y acaso á esto se deba, en parte, el que se le niegue á la limeña la palma de la honradez, ya que se le ha discernido la corona de la belleza, el cetro de la hermosura.

RICARDO PALMA

No se puede hablar de Lima, y menos visitarla, sin que asome á la memoria el nombre de RICARDO PALMA.

Lima es la ciudad de las tradiciones, y PALMA quien nos ha contado esas tradiciones, retocándolas y hermoseándolas con los finos colores de su paleta.

Rubén Darío dice que fué á Lima sólo por conocerle.

No menos entusiasta por el insigne literato peruano que el escritor nicaragüense, pero sí más galante que éste, no digo yo lo mismo. Fuí á Lima por conocer á sus mujeres y por conocerla á ella misma; pero estando en Lima, quise, naturalmente, conocer al más ilustre á par que al más amoroso de sus hijos.

Esto último no me fué dado. PALMA había partido, hacía poco, á España, comisionado por el gobierno para representar á su patria ante la Real Academia de la Lengua, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Como Zorrilla en España, PALMA es en el Perú el más nacional de sus escritores.

Digo más: si hay en realidad una literatura americana, con caracteres propios, diversa en esencia de la española, el género con tanto acierto cultivado por PALMA, es la muestra más genuina de aquella literatura.

Al lado de las *Tradiciones*, acaso sólo puede citarse á este respecto la novela del ecuatoriano Juan León Mera, *Cumandá*, que tan calurosos aplausos mereció de Alarcón, Pereda, Valera y otros críticos eminentes.

Entiéndase que no me refiero á lo que de histórico tienen las *Tradiciones*. Esto es en ellas simple detalle, accidente secundario, como que depende de circunstancias de lugar y de tiempo.

Muchas novelas históricas han producido las letras americanas; y, sin embargo, ninguna de ellas tiene carácter regional intrínseco, índole propia, aborigen, por decirlo así.

Los personajes que en ellas figuran, si son nacionales por su origen, y aún por sus costumbres, no lo son por sus pasiones ni por su idioma. Obran como séres humanos; hablan como españoles, é iguales, idénticos quedarían, en el fondo, aunque se les trasladase á un escenario distinto.

Es como si á un individuo se le quitara el ropaje que le cubre: no por quedar desnudo, perdería su personalidad.

Las *Tradiciones* son nacionales, son peruanas de igual suerte que es español el *Romancero:* porque lo que las formó, lo que les dió vida y sér, fué nacional, fué peruano; nació en aquella tierra.

La pluma de PALMA es pluma de maestro, y el castellano de sus obras es en el que escribieron Cervantes y Quevedo, Moratín, hijo, y Estébanez Calderón.

Ha habido, y hay, en Hispano-América filólogos y gramáticos más consumados que PALMA; pero nadie ha escrito con más pureza y casticidad que él.

Conoce el castellano como Bretón, y, como éste, juega con las voces y con los giros. Sabe y ha empleado casi todos los refranes que trae el léxico de la Academia, y raro es el modo adverbial que no figura en sus escritos.

Y como, por otra parte, tiene muy buen gusto, su estilo es amenísimo. Obediente siempre á la sintaxis, la frase nunca peca de dura, no parece fabricada; sino que, al contrario, es siempre suelta, brota natural y espontánea, sin esfuerzo de la pluma.

***

Siendo PALMA académico, es éste el mejor elogio que de él puede hacerse; y no siendo mi objeto trazar su biografía, ni hacer un estudio detenido de todas sus producciones, sino únicamente consagrarle un recuerdo, creo que las líneas escritas bastan para ello.

BROMITA DE LIMEÑA

Por boca de respetabilísima matrona, incapaz de contar una sola mentirilla, supe, en Valparaíso, el siguiente sucedido, que, por su originalidad, voy á referírselo á los lectores.

Garantizo, pues, su autenticidad, no á fé mía, sino á fé de aquella señora.

* * *

En el año de......, llegó á Lima, entonces fastuosa y riquísima, un caballero español, culto, apuesto y galante, á quien designaré por la letra N.

Hospedóse en uno de los mejores *hoteles* de la ciudad; y como quería divertirse y gozar, y tenía con qué hacerlo, dicho se está que se divirtió y gozó de lo lindo.

Varios días llevaba de permanencia en la antigua corte de los Virreyes, sin que se hubiese hostigado de ver y tratar buenas mozas; todo lo contrario, á medida que más veía y más las veía y lás trataba, más y más se le despertaba el antojo, y le aumentaba la afición.

El hombre tenía buen gusto, no cabe duda.

Una tarde, después de comer, asomóse al balcón de su cuarto.

De pronto su fisonomía se animó, y en las niñas de sus ojos negros reflejóse la más plácida de las satisfacciones, el más indecible de los contentos.

No era para menos; pues en el balcón que con el suyo enfrentaba, dejábase ver una linda muchacha, tan linda, que el mismísimo Febo, "con ser quien es," se habría detenido á contemplarla, si una hora antes hubiese ella aparecido. La llamaré M.

De hito en hito la miraba N, y su entusiasmo crecía, crecía con el discurrir de los instantes.

Cuando M. notó la admiración de que era objeto por parte de N, clavó en él sus decidores ojazos de azabache; le sonrió dulcemente, y, con esa exquisita gracia de la mujer elegante sin afectación, inclinó la cabeza para saludarle.

Qué emoción experimentó N, ni él mismo supo decirlo; pero acto contínuo, y como movido por un timbre eléctrico, contestó, del modo más expresivo que supo, el saludo de la dama.

Cruzáronse muchas miradas y sonrisas entre el uno y la otra; y ya trataba él de entablar conversación con su flamante *amiga*, cuando ella, haciéndole un monísimo arrumaco, se entró.

* * *

Al siguiente día, y á la misma hora, minutos más ó menos, dirigióse N al balcón, deseoso, por supuesto, de que se repitiese la escena de la víspera, y en la creencia de que la cosa iría de bien en mejor.

Aún no había abierto la vidriera, cuando distinguió á su encantadora *amiga*.

Asomarse él, verla y saludarla, todo fué uno.

Mostróse ella aún más cariñosa que la tarde anterior; mas N, sin embargo, no se atrevió á dirigirle una sola palabra.

—La cosa promete ¡ya lo creo! decíase él;—pero una indiscreción de mi parte, puede darlo al traste todo.... Sí; paciencia, y el tiempo dirá....

Pero estaba de Dios, digo, de una flor que tenía M, y que ya se la llevaba á la boca, ya la estrujaba entre sus blancas y sonrosadas manos; estaba de una flor, repito, el que la *cosa* caminase al vapor. En una de las tantas llevadas á la boca, cayó al suelo la flor.

—¡Ah!— dijo la hermosa con un gesto, y con una mirada le preguntó al galán:—Caballero, ¿tendría usted la amabilidad de recogérmela?

Naturalmente, N corrió que voló á hacerlo para entregársela á su bella dueña.

Le dió M las más expresivas gracias al galante caballero, y le hizo salerosas muecas, y ¡aprieta! le ofreció la casa, incitándole á que entrara; ofrecimiento que del mejor grado aceptó N acto contínuo.

Ya calcularán ustedes cómo se pondría de contento el dichoso mortal.

Por lo pronto, y no sin razón aparente, creyó que había hecho una de esas conquistas que sólo en sueños se presentan, porque hemos de estar en que no era preciso tener ojos de lince para comprender que aquella joven ocupaba distinguidísima posición, y era de lo mejor entre lo muy bueno que en materia de reales mozas tenía Lima.

Ya en el interior, y de buenas á primeras, como quien dice, á quema ropa, le advirtió ella que no tuviera ningún temor, porque su esposo estaba ausente, y no regresaría pronto.

¿Qué tal?

N se frotó los ojos, y se pasó la mano por la frente, como si de esta suerte quisiera persuadirse de que aquello no era sueño, sino realidad, y realidad hermosísima. Sin embargo, no se atrevió á pasar á más, y aguardó á que ella tomase la iniciativa, ó le diese, por lo menos, señales para seguir avante con seguro paso, á fin de no escollar.

—Salgamos un momento á la ventana, mientras que anochece—le dijo M.

Así lo hicieron.

Lo que en la ventana pasó, me sería imposible describirlo. El, no sólo era víctima de la zozobra y del sobre-

salto naturales en lances de semejante especie, y no las tenía todas consigo, sino que las miradas de M, penetrantes como saetas, y sus sonrisas, diabólicas por lo tentadoras, le habían puesto desde un principio en ese estado de excitación nerviosa en que se ponen siempre los que mucho se quieren ó se gustan cuando en contacto inmediato están.

Se entendían, por tanto, con los ojos, y de sus labios sólo salían palabras entrecortadas.

De repente dió ella un salto; le tocó el hombro, y, con temor manifiesto, le dijo:

—Caballero, caballero, éntrese usted luego; escóndase usted; que allá cerca viene mi marido, que es furioso y celosísimo.

Si el techo de la casa se le hubiese venido encima, no se habría N asustado tanto.

Sin pérdida de tiempo obedeció, pues, á la voz de alarma que se le daba, y,. tembloroso, desasosegado y sin articular una sola palabra, metióse y acurrucóse en un armario que M le abrió, «para librarle del justo enojo del esposo ofendido.»

¡Qué de ideas y de temores cruzaron por su mente enloquecida!

Porque aquello, cuando menos, menos daría lugar á un duelo; y ¡bueno estaba él para duelos!, y ¡bonito estaría armar camorra por lo que, hasta ahí, no había pasado de una simpleza, no tan inocentica, pero simpleza en puridad de verdad!

Dejemos, lector, guardado á nuestro héroe, y continuemos.

* * *

Cinco minutos haría apenas de esto, cuando el marido (á quien llamaré J) llegó.

Aquí cumple hacer una ligera digresión. J y M se

habían casado hacía muy poco tiempo, y estaban en plena luna de miel; en esos días en que marido y mujer, cuando bien se aman, se acarician sin cesar, y se besan sin descanso; en que uno y otro, cuando están juntos, se olvidan de todo lo que del amor es ajeno; y J y M se querían de veras, por más que ustedes lo extrañen, ó no lo crean.

Con estos datos, fácilmente se comprenderá lo que allí ocurrió entre los cónyuges.

Y ¿qué me traes, hijito?—le preguntó M á J.

Echó él mano de su cartera; la abrió; sacó de ella un rollito de billetes de Banco, y se lo entregó diciéndole:

—Toma, hijita, esta pequeñez, para que mañana, cuando vayas á tiendas, compres alguna cosita de tu agrado.

—¡Guá! ¡Qué lisura!—exclamó ella con ese inimitable acento de la limeña de buen tono, y cuando acabó de sumar lo que los billetes valían.—Tengo vista una cosa que vale cuatro mil soles; así es que me falta la mitad para comprarla.

—Pero, escúchame—continuó,—vamos á hacer una apuesta. Si tú me dices los nombres de todos, todos los objetos que hay en esta pieza, pierdo yo, y no me dás los otros dos mil soles; y si no, yo gano, y me pagas mañana.

—Convenido—repuso él, y empezó á numerar todo lo que en el cuarto había.

—Falta, falta—le advirtió ella con viveza,y riéndose á mandíbula batiente.

J, viendo para aquí y para allá, para arriba y para abajo, repitió los mismos nombres.

—Falta, falta—tornó la esposa á manifestar, más regocijada aún.

—Pues no veo nada más.

—¿Te dás por vencido?

—Sí.

—¿Si?

—Sí.

Entonces M, de un solo salto, llegó al armario; le abrió de par en par, y, soltando una carcajada, señaló con el índice de la diestra medio empuñada el bulto de N, que casi estaba hecho un nudo, y á punto de morirse, no sabía si de temor, de vergüenza ó de iracundia.

—Aquí fué Troya—dirán ustedes.

No, señor, ni Troya ni cosa que lo valga fué.

El *celoso* y *furibundo* marido, inclinándose para ver de distinguir lo que le había hecho perder la apuesta, soltó una estrepitosa risotada; reconvino á su cara mitad con una mirada de amor, y acercándose al burlado tenorio, le tendió la mano, y le dijo:

—Dispense usted, amigo mío, la bromita de mi señora, que es tan picarona. Salga no más.

Cual chico timorato, con la vista baja, salió nuestro hombre. El pobrecito estaba corridísimo, y no se le ocurrió qué hacer ni qué hablar.

Pero tantas excusas le dió J, y tan afectuoso y afable se le mostró, que, aunque no sin serios esfuerzos, logró recobrar una parte de la perdida calma.

La endiablada mujercita, todavía no satisfecha, relató todo lo ocurrido, agregando que al divisar N á J, aquél se había puesto á llorar como un chico y á temblar como un azogado; motivo por el cual ella, compadecida, le había escondido en el armario.

* * *

¿Qué les parece á ustedes la bromita?

Pues ella fué el origen de una amistad sincera que duró muchos años.

IR POR LANA Y SALIR TRASQUILADO

Muy pocos serán aquellos de mis lectores que no hayan oído hablar de las *tapadas* de Lima, de las que hoy sólo el recuerdo se conserva.

Llamábase *tapadas* á las mujeres que se cubrían el rostro con el manto, dejando apenas ver un ojo y una parte de la nariz.

Que no lo hacían por ocultar sus hechizos, salta á la vista. Quizás no haya nacido la mujer que siendo bella, trate de encubrir su belleza. Hacíanlo, unas por esconder su fealdad y su vejez, y otras por *librar* su *honradez* de la maledicencia pública.

Los incautos, y aún los cautos, tomaban con frecuencia gato por liebre, creyendo que aquellas mujeres, á más de ser hermosas, eran damas y señoritas de alto rango, que, por librarse del enojo del marido ó de los padres, se valían de ese medio para ir á citas amorosas.

Las *tapadas* dieron chascos tan pesados como el que voy á referir.

* * *

Erase que se era un mancebo tan aficionado al bello sexo y tan amigo de lances amorosos, que el mismísimo don Juan Tenorio se quedara tamañito ante él, y eso que el tal don Juan, como ustedes, caros lectores míos, lo saben muy al dedillo, puede ser considerado

como la personificación, si vale decirlo así, de ese mal enemigo que se llama carne.

Y éranse que se eran aquellos días en que había en Lima tantas mujeres lindas como estrellas hay en el cielo; días dichosos (que rezaría algún almibarado cronicón), que ¡ay! sólo por referencias conocemos; días en que el pobre corazón de los que gastaban barbas manteníase en un contínuo, incesante palpitar de amor; días, en fin, en que la reina del Rimac era un paraíso terrenal, pero con mil y mil Evas y doble número de serpientes!

Cuántas eran las conquistas que había aquel mancebo hecho, ni él mismo lo recordaba. Que habían sido muchas, muchísimas era indudable, puesto que la *fruta del paraíso* empezaba á hostigarle, digo mal, habíale hostigado de tal suerte, que llegó á tomar cuerpo en su mente (en la del mancebo, se entiende), la idea de meterse fraile, para dar á Dios siquiera los huesos.

Pero el Demonio, que es ladino entre los ladinos, aguzó su ingenio, y exclamó: "¡Alto, que conmigo no se juega! Poco te falta que entregarme, y no es justo que te me escapes cuando ya has hecho tantos méritos para merecer las recompensas que yo concedo, en mi ígneo imperio, á mis buenos servidores."

Y diciendo y haciendo, el bueno de Satán se metió de rondón en la cabeza de X (así llamaré al héroe de esta historia), y poniéndole una tras otra tentación, y despertándole todos los deseos y apetitos, llevóle por aquí y por allá, hasta dar con una chica ¿qué digo? con una hada ante cuya presencia dióle á X cuatro ó cinco vuelcos el corazón, y por la que acto contínuo empezó á sentir ese no *sé qué* llamado amor.

Amor que al siguiente día rayó en pasión, y al otro en frenesí, y al otro en locura.

Aquella manzanita era bocado de cardenal, y todo en

ella indicaba que de su olor y de su sabor sólo gozaría aquel que, después de rendirla en amorosa lid, le diera su mano.

Pero la temeridad de X no era tanta que le llevase al heroísmo, y, por ende, ni una sola vez pasó por su mente la idea de cortejar y enamorar á la chica para en seguida llevarla á la vicaría; todo, menos eso. ¡Bonito estaba él para marido; él, que había burlado á tantos y tantos, y que si jamás había pensado en formar parte del martirologio católico, menos aún podía pensar en formarla de ese otro martirologio que tiene á San Cornelio por patrón!

—¿Qué hacerle?—preguntábase X desasosegado.

Cuando su merced el de los cuernos y de la colita juzgó tener listo el terreno, contestóle: "Esto," ó, lo que es lo mismo, hízole recordar algunos de los medios de que en otras ocasiones habíase servido para llevar á cabo algunas de sus conquistas.

Si X sabía ó no la máxima yankee (creo que es yankee) "el tiempo es oro," yo no lo sé; pero ello fué que esta vez la puso en práctica sin tardanza alguna, encaminándose presuroso adonde una de esas pícaras viejas, polilla de todas partes, que se encargan de *cautivar voluntades* á nombre del que les *afloja* unos cuantos duretes.

Hízose el correspondiente ajuste entre X y la bruja endemoniada.

Después de cuatro días presentóse ésta en la casa de su poderdante á manifestarle que el *asunto* había sido arreglado á pedir de boca.

—¿Es posible?—preguntó X echando rayos de alegría por los ojos.

—Como Ud. lo oye—respondióle con seguridad y aplomo la vieja.

—Conque va al lugar de la cita.

—Sí, señor. Sólo una cosa voy á recomendarle, y es

que no la obligue á descubrirse, porque la pobrecita es muy tímida y vergonzosa.

—No tenga cuidado—dijo X, y abrió los brazos para estrechar á la arpía: ¡tal estaba de contento y satisfecho!

*
* *

De prisa y mal comió aquella tarde el afortunado galán; pero se afeitó y vistió con calma y muy bien. Pocas veces se habrá visto bigote mejor atusado, cabello mejor peinado y cuerpo mejor vestido. Para tal conquista, tales arreos.

A las siete menos cuarto abría X la puerta de una casuca situada en la calle de ***, y pocos momentos después, llegaba una gentil *tapada*, la deidad por quien tanto, tanto había él sufrido en tan pocos días, y á la que deseaba (esta es la palabra) con toda su *alma*.

Nunca mortal alguno hase sentido más ufano. Aquello, para él, no era el premio gordo; era mucho más: era la reunión de todos los premios gordos. ¡Estar junto á aquella mujer angelical!......¡Poder estrecharla entre los brazos!......¡Poder cubrir su rostro de besos!...... ¡Poder!........Vamos, que ni en sueños *se puede* tanto........

Ella ¡pobrecilla! apenas si acertaba á decir palabras entrecortadas. ¡Qué vergüenza! ¡Haber con tanta facilidad accedido á una petición semejante! ¡Cómo la matarían sus padres, si llegaran á saberlo! ¡Qué corazón tan cruel, que así arrastra al abismo del crimen!....

Pero ¡tate, tate!, pluma indiscreta, y cerrad los ojos, curiosos lectores, que, aunque sea muy denso el velo con que cubramos á las dos *tortolitas*, puede ocurrir que una ráfaga de viento le levante, y yo no quiero que mi *casta inocencia* ni la de ustedes tengan que sonrojarse.

*
* *

¿Se han fijado ustedes en un mono cuando come una fruta? ¿Si? Pues habrán ustedes visto que á cada mordisco que le dá, clava en ella con interés los ojillos, acaso para apreciar mejor y saborear con más satisfacción lo que le está encomendando á su estómago. "Todo entra por los ojos"—reza un refrancillo, y reza la verdad.

Así los hombres, monitos regenerados, según Darwin, gustamos de ver lo que comemos, cuando es de verse, por supuesto; y así X, no satisfecho de recordar aquellos ojazos negros, cuyas miradas de fuego habíanle trastornado, y aquella boquita, que más de una abeja tomaría por el cáliz rojo de entreabierta flor, y todo aquel conjunto, que más parecía de ángel que de mujer, quiso verlo todo de cerca, y ¡chass! encendió un fósforo, y levantó con precipitación, pero con primor, el importuno manto que se lo impedía....

Ver aquello, y dar un "bufido al resuello de un toro parecido," fué uno.

El adefesio más espantoso que concebirse pudiera, no sería mucho más feo que era aquella *diva*.

X, pasado que hubo la primera, horrible impresión de susto, empuñó las manos, alzólas, é iba á descargar dos tremendos puñetazos sobre la *deidad transformada*, cuando ésta se arrodilló ante él, pidiéndole perdón, y manifestándole que no era ella la más culpable, sino la otra, la bruja infame que ustedes saben.

Diz que X tuvo que beber mucha, pero mucha agua para que le pasase tan amarga píldora, y que en lo sucesivo anduvo muy listo y precavido para que semejante *martirio* no se repitiese.

* * *

Los lances como éste llegaron á ser tan frecuentes, y tales abusos se cometieron, que hubo necesidad de prohibir á las hijas de Eva que se cubrieran el rostro con el manto.

TACNA y ARICA

Más que geográfica y mercantil, TACNA y ARICA tienen importancia histórica. En la historia contemporánea de América, son lo que Alsacia y Lorena en la de Europa: lugares que han pasado á formar parte del territorio de la nación vencedora.

Es verdad que TACNA y ARICA no son definitivamente chilenos, pues, según el tratado de Ancón (ratificado el 28 de marzo de 1884), un plebiscito tendrá que decidir si continúan bajo el dominio de Chile, ó si de nuevo entran á formar parte del Perú, su antiguo dueño; pero como el resultado de tal plebiscito, que aún no ha tenido efecto, no puede con exactitud preverse, á pesar de que la mayor parte de los habitantes son peruanos, por hoy tienen que considerarse, y así los considera la Geografía, como parte integrante de Chile.

Siendo, pues, tal la importancia de TACNA y ARICA, no puede, no, excusarse el error craso en que ha incurrido don Valero Pujol, quien afirma, en todas las ediciones de su *Compendio de Historia Universal*, que TACNA es puerto; error que rectifiqué en un suelto de gacetilla publicado en *La República*, y que si ahora traigo á cuento, es tan sólo por el buen deseo que me anima de que los cursantes del Instituto Nacional Central de Varones, que oyen como voz profética las palabras del dicho historiador *liberalesco*, sepan lo que hay de cierto sobre el particular, y se convenzan de que el panegirista de Ba-

rrios, de Barrundia (en los tiempos de prosperidad de éste), de Barillas, etc., etc., sí se equivoca, aunque no debiera equivocarse, á fuer de *contador* y *comentador* de la verdad.

Y á semejanza de éste la dichosa historita tiene mil y mil errores é inexactitudes gramaticales, literarios, geográficos, filosóficos y de todo género.

Hasta la música, de la que sólo se habla por incidencia, sale maltrecha de las manos de don Valero, como lo hice notar en otro suelto publicado en *La República.*

¡Y esta es la obra que entre nosotros sirve de texto en los establecimientos oficiales de instrucción!

¡Y por haber aprendido tales dislates y monstruosidades, hay quienes presumen de sabios!

¡Y de este *emplasto histórico*, que no merece otro nombre, ha el gobierno de Guatemala hecho tres ó cuatro ediciones!

Porque aquí se puede matar á todos los reyes habidos y por haber, y suprimir los acontecimientos más trascendentales de los siglos, y convertir un océano en un continente, y un río en un volcán, y una montaña en un puerto, en un tratado de Historia; que en echándose sapos y culebras contra la Iglesia y el Clero católicos, y en diciéndose que la *Gloriosa del 71* es el mayor prodigio realizado por el hombre en el tiempo y en el espacio, la misión del historiógrafo queda cumplida, muy bien cumplida.

Pero divago.

***

Por ley chilena de 31 de octubre de 1884, TACNA y ARICA forman una provincia, llamada de *Tacna*, que se divide en dos departamentos: el de *Tacna*, al Norte, y el de *Arica*, al Sur. La capital del primero es la ciudad de TACNA, y la del segundo, el puerto de ARICA.

En aquélla y en éste me ocuparé ligeramente.

***

Arica, cuya fundación data del siglo XVI, es, sin embargo, un pueblo nuevo, pues fué, pocos años há, víctima de una inundación que le destruyó por completo.

Como puerto, tiene muy buenas condiciones: la bahía, que es espaciosa, es también de fácil fondeadero, y está libre de los vientos por la isla de *Alacrán*, situada hacia el Sur; pero como punto habitable, deja mucho que desear, debido á lo pantanoso del terreno y á encontrarse entre cerros, que impiden la libre circulación del aire.

Sin embargo de su situación en la zona tórrida, la naturaleza muéstrase falta de vegetación, árida, casi sombría; á lo que se debe que los cultivos, sobre hacerse en reducida escala, no constituyan sino una parte muy insignificante de la riqueza del lugar. Los habitantes, que llegan apenas á cuatro mil, se dedican principalmente al tráfico comercial y á la explotación de las minas que en la localidad existen. Por Arica recibe Bolivia muchos de los objetos que para el consumo importa de Europa y de algunos países de Sud-América.

En Arica dióse una de las más reñidas batallas de la guerra del Pacífico. Plaza fuerte de importancia, así por la topografía del terreno, como porque la defendía la flor y nata del ejército peruano, que esta vez hizo prodigios de valor, fué tomada en brevísimo tiempo por las fuerzas chilenas, que allí, como en tantas otras jornadas, se cubrieron de gloria inmarcesible, y demostraron cuánto más valen el arrojo y la disciplina que la superioridad numérica.

Viendo lo que se llama el *Morro*, ó sea una roca inmensa, cortada á tajo, que dá al mar, y cuya elevación aproximada es de 170 varas, cuesta mucho creer que haya habido ejército capaz de tomarlo á sangre y fuego en reducido espacio de tiempo. Del *Morro* se arrojó al

mar, después de la derrota, montado en su caballo, el intrépido coronel peruano Bolognesi, y allí quedó herido el notable argentino Sáenz Peña, que puso su espada al servicio del Perú.

* * *

Un ferro-carril cuya longitud es de sesenta y tres kilómetros une el puerto de Arica á la ciudad de Tacna.

Es Tacna una bonita población, con regular caserío y clima agradable. Sus calles, son por lo común, rectas, sus alrededores pintorescos y fértil su campiña.

Atraviésala el río de su nombre, canalizado en la parte que recorre de una alameda, y extiéndese en un delicioso valle, que limitan dos cadenas de cerros.

Sus moradores, casi todos peruanos, como dicho queda, son más de catorce mil.

Cerca de Tacna derrotó el ejército chileno á lo mejor de las fuerzas aliadas del Perú y Bolivia. El sitio en que esta acción de armas se libró, llámase *Campo de la Alianza.*

IQUIQUE

Densa bruma cubría á Iquique cuando el *Setos* fondeó en la bahía. Apenas se distinguían vagamente uno que otro barco allí anclado y el *Presidente Errázuris*, magnífico crucero de la Armada chilena; y, como el grito que sale de una selva espesa, percibíase el silbido seco de las locomotoras que de la ciudad salen á las salitreras inmediatas.

Al cabo de un rato, la fuerza de los rayos solares empezó á disipar poco á poco la niebla, y poco á poco la vista fué contemplando las distintas fases de aquel paisaje, que por cierto ofrece mucho de particular. En Iquique se han juntado la vida y la muerte. Por un lado, en la bahía, un número considerable de buques, pintados sus cascos de diversos colores, y la población, de la que se destaca la torre de la *Intendencia*, están diciendo que allí hay vida, movimiento, comercio, riqueza; y por otro lado, los cerros, áridos como los arenales de un desierto, y la planicie en que la ciudad se levanta, tan árida como los cerros, están evidenciando que allí la naturaleza, desnuda de vegetación, sombría de color, está muerta. Ni un solo arroyo, ni una sola gota de agua brota de aquellos arenales.

El que no concibe la existencia sin flores, sin verdes campos, sin azules fuentes, sin cristalinos riachuelos, sin dilatadas llanuras, sin selvas, bosques y colinas, y sin pájaros que cantan, y sin mariposas que revolotean,

ese no puede, no podría vivir en IQUIQUE. Pero el negociante, el mercader, el hombre de trabajo, el que aspira á ganar dinero, ese tiene allí ancho campo de acción; porque ¡qué rica es aquella pobre naturaleza!

Lindas son nuestras costas centro-americanas y las de los países intertropicales, cubiertas de lozana vegetación, que ora las lluvias, ora las brisas del mar mantienen verde; pero ¡cuántas y cuántas veces podría cambiarse esa espléndida exuberancia vegetal por la horrible aridez de Tarapacá, con sus ricas minas de salitre!

* * *

Es IQUIQUE, después de Valparaíso y Guayaquil, el primer puerto del Pacífico en Sud-América; pues el Callao, á pesar de su *Muelle Dársena* (que tantas comodidades proporciona para el embarque y desembarque), y de su proximidad á Lima, ha decaído mucho en los últimos años.

No recuerdo cuánto produce la Aduana de IQUIQUE al Fisco chileno; pero creo que le dá más de un millón de pesos al mes.

La población es, en general, muy bonita; sus casas, de construcción muy ligera, muchas de dos pisos, son de elegante apariencia, y el movimiento mercantil que en aquélla se nota, sorprende al que, como yo, no está acostumbrado á ver, en lugares de esa extensión, ese contínuo vaivén de hombres ávidos de lucro, ó deseosos de ganarse el pan cotidiano, y el incesante movimiento de máquinas, carros y botes que por todas partes se observa.

Todo lo que pueda desearse para comodidad y solaz de los habitantes y viajantes, lo tiene IQUIQUE: *hoteles* y cantinas; parques y teatro; buenos almacenes de merca-

derías y casas bancarias; de todo hay en aquella ciudad, cuyos moradores no llegan á diez y seis mil.

Sin embargo de ser esencialmente mercantil, IQUIQUE tiene vida intelectual, digámoslo así, como lo prueban sus escuelas y colegios y el interesantísimo diario que se publica con el nombre de *El Nacional*, que defiende las ideas y las miras del radicalismo, pero que también consagra sus columnas á los asuntos económicos, comerciales, fiscales y administrativos de la localidad y de la república, á los sucesos y cuestiones de importancia que se verifican y se suscitan en el mundo y á la bella literatura.

* * *

Tal es, mal y ligeramente diseñado por mi pluma, el IQUIQUE geográfico, material.

Porque hay otro IQUIQUE, el histórico, el que recuerda y lleva unidas á su nombre algunas de las más puras, de las más legítimas glorias de Chile; el que recuerda el heroísmo y la destreza de dos de sus más grandes, si no los primeros, de sus marinos, y la bravura de los que, á principios de 1891, pusieron la primera piedra de la restauración constitucional, asestando un golpe seguro á la Dictadura, que en mala hora se alzó en la *Moneda*, entre las enérgicas protestas de un congreso soberano y el sordo rumor de un pueblo libre.

* * *

Es el 21 de mayo de 1879.

Dos corbetas viejas, dos cascarones de buque, la *Esmeralda*, comandada por Arturo Prat, y la *Covadonga*, por Carlos Condell, sostienen el bloqueo de IQUIQUE.

De repente se divisan en el horizonte dos tenues penachos de humo, que anuncian la aproximación de dos na-

ves de guerra enemigas; la alarma cunde á bordo de los buques chilenos, y sus respectivos capitanes, comprendiendo el peligro que los amenaza y la imposibilidad absoluta de sostener un combate con buen éxito, tratan de salvarse poniéndose en marcha.

Pero el tiempo ha volado, y ya es tarde: el monitor *Huáscar* y la fragata blindada *Independencia*, poderosísimas máquinas de guerra, se han hecho perceptibles, y se aprestan, no á luchar, sino á caer como rayos exterminadores sobre la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

Condell, sin embargo, por medio de una hábil maniobra, tiene tiempo de escaparse; pero, experto marino y sabedor de que pronto se le cazará, dirige su buque por paraje que no dará calado á la nave peruana, y en que, por tanto, encallará ésta, si su Jefe, por ignorancia ó por ofuscación, sigue la misma ruta. El Comandante de la *Independencia* no conoce aquella costa; persigue á la *Covadonga* caminando por la misma senda, y vara. Entonces el chileno vuélvese hacia atrás; dispara sus cañoncitos sobre el enemigo, y éste, viéndose perdido, se rinde á discreción.

Mientras tanto, la *Esmeralda* lucha con el *Huáscar*, lucha de uno contra ciento, de un pigmeo contra un gigante, sin fijarse su denodado Capitán y sus dignos subordinados en que la muerte será el premio inmediato de su temeridad.

La pelea se hace cada vez más imposible para el chileno, acribillado por las balas que sin cesar le arroja la poderosa batería contraria; pero su valor, lejos de atenuarse, aumenta más y más á cada nuevo disparo que se le hace, y que contesta, cuando no con un tiro de sus cañones de chispa, con un grito entusiasta, frenético, de "¡viva Chile!"

Encaja el *Huáscar* por tercera vez su espolón de acero en el casco de madera de la *Esmeralda;* y, después de

cuatro horas de rudo batallar, se hunde ésta en el océano, con los cadáveres de los valientes que ya han entregado su vida en aras de la patria, y entre los hurras atronadores de los vivos, que antes prefieren ser alimento de los peces, que rendirse al enemigo. Prat, Serrano, Riquelme, Aldea y un grumete, que han abordado el monitor, sucumben en la cubierta de éste, pero sucumben animosos, impertérritos, y legando á Chile, la patria querida, una corona de inmarcesibles laureles.

Los chilenos saben ser héroes; pero Chile sabe premiar el heroísmo, no porque levante estatuas á sus hijos preclaros, ni porque acuerde pensiones y honores á sus familias, que esto podría hacerse por vanidad; sino porque el que por la patria se sacrifica y la honra, tiene, en el corazón de todos sus connacionales, un altar, en que la gratitud, el reconocimiento y la admiración tribútanle fervoroso culto.

No es preciso ser chileno para que el corazón palpite de entusiasmo al recordar la epopeya de Iquique. ¡Lástima que la pluma no acierte á describirla!

VALPARAISO

Serían las seis de la mañana del día 3 de mayo de 1892, cuando el mayordomo de á bordo, cumpliendo con el encargo que la noche anterior le había yo hecho, me despertó, anunciándome que VALPARAÍSO estaba á la vista.

Cuál fué mi alegría, no sabré decirlo. VALPARAÍSO era para mí como la tierra de promisión; era la primera ciudad populosa que había de ver; y aunque bastante había leído acerca de ella, hasta el punto de poder imaginármela, anhelaba, necesitaba verla con mis propios ojos, é imponerme por mí mismo de aquello que periódicos, libros y aún relaciones de viva voz me habían descrito de varios modos y con distintos colores.

Vestíme, pues, con precipitación, é incontinenti me dirigí á la cubierta del vapor, para hacerle el primer saludo á la ciudad-puerto.

El sol estaba ya sobre el horizonte, y sus rayos plateaban la superficie del agitado mar; pero la niebla no permitía distinguir, á esa distancia, más que dos manchas, una más grande que otra, al pie de una cerranía. ¿Serían aquellas poblaciones?

El transcurso de algunos minutos me sacó de dudas. Al acortarse la distancia, las dos manchas crecían, se agrandaban, y pronto la ansiosa vista pudo distinguir dos ciudades: VALPARAÍSO y Viña del Mar se habían hecho perceptibles.

¡Qué de emociones experimenté! ¡Cuántas ideas cru-

zaron por mi mente, rápidas, fugaces, entre recuerdos de la patria amada y de los séres queridos! Gozaba yo, y al propio tiempo padecía. Pronto estaría en tierra; pronto descansaría de las incomodidades de viaje, y pronto, muy en breve me hallaría entre más de cien mil almas, doble número, casi, del que habita la capital de mi tierra. Pero aquella gente no me pertenecía, no me conocía, no me quería, ni siquiera me odiaba! ¡Oh! ¡Cuán solo iba á estar en medio de tanta gente! Allá, al Norte, estaba la patria; yo la veía; aquellas olas que se rompían en la costa, retrocedían, y caminando, caminando, llegaban á besar sus playas risueñas; pero ¡qué lejos estaba! Los dueños de mis afectos allá estaban también; vivían en mi corazón; los veía con los ojos del alma; pero ¡ah! estaban también muy lejos.

* * *

Cual pudorosa doncella que poco á poco, y hasta con vergüenza de sí misma, se quita las ropas que la cubren, de igual modo Valparaíso fué descubriéndose.

Y como si estuviera orgulloso de su comercio grande y floreciente, dejó ver primero su bahía, poblada de vapores, de buques y de botes, sus muelles y sus soberbios *Almacenes Fiscales;* mostró después los caseríos de sus cerros, y en seguida, las casas del *Malecón.*

El vapor caminaba muy despacio, mientras hallaba punto á propósito para anclar.

El bote de la Capitanía llegó inmediatamente, y cien botecitos fleteros, tripulados por tres, dos ó una personas, según su tamaño, acercáronse en seguida á disputarse los cuartos que daríamos los pasajeros por que nos condujeran á tierra.

¡Qué animación, cuánto movimiento se observa desde un principio! Y esa animación y ese movimiento au-

mentan cuando se ponen los pies en el muellecito circular que se llama *Muelle de Pasajeros.*

La mañana era hermosísima; la temperatura deliciosa, y el cielo azul de Chile estaba límpido y radiente.

* * *

¿Queréis conocer (á la ligera, por supuesto), lo más notable de la población por lo que á edificios, establecimientos, parques, plazas y monumentos respecta?

Suponed que estamos alojados en el *Hotel Francia*, (*) si no el que más comodidades proporciona, el más elegante de la ciudad, el que hospeda á los diplomáticos que á ella llegan, á los ricos amantes del boato y á los pobres amigos de la ostentación: tiene cuatro pisos, y todos sus dormitorios, salas y oficinas están lujosamente amueblados y con gusto decorados. Si lo deseais, tomamos un carro del tranvía, ó si no, un carruaje de plaza; pero mejor será que vayamos á pie, para que nuestra voluntad sea la que nos guíe.

Estamos á la puerta del *hotel*, en la calle *Esmeralda*, y al frente de nosotros y á nuestra derecha y á la izquierda, tenemos muchas y muy buenas casas de cuatro, de tres y de dos pisos, los bajos de las cuales están ocupados por almacenes y tiendas en que podemos hacernos con todos aquellos objetos y aquellas cosas de lujo, de arte ó de necesidad que hayamos menester ó que querramos. (Supongo que no se nos antojará conseguir imposibles ni tampoco rarezas). Caminando por esa calle, con dirección á la parte de la ciudad que se llama *Almendral*, á poco andar llegaremos á una pequeña plaza, la del *Orden* ó de *Aníbal Pinto*, en la cual desembocan ó de la que parten otras tres calles: la calle *O'Higgins*,

(*) Dos incendios ocurridos últimamente, destruyeron este magnífico *hotel.*

que tiene algunas vinaterías; la calle *Condell*, con muy buenas casas, joyerías, cantinas, marmolería y otros almacenes en que se expende diversidad de artículos, y la calle de *Tuvildá*, á la que bien podemos volverle la espalda, á menos que vayamos al *Cementerio*, para hacerles una visita á los muertos, ó querramos subir al *Cerro Alegre*, para formarnos una idea del punto en que las numerosas y distinguidas colonias inglesa y alemana han escogido de preferencia para vivir.

La calle *Condell* es por la que seguimos. Es corta; tiene muy pocas cuadras; de manera que pronto estaremos en la *Plaza de la Victoria*, que bien merece el calificativo de preciosa, aunque sí tiene sus lunares, y grandecitos: algunas casas viejas y horribles, que á todo trance necesitan ser devoradas por las llamas, y que de ellas ni los cimientos queden. Tenemos de bueno ante nosotros la iglesia del *Espíritu Santo*, antes de *San Agustín*, baja y pequeña, pero muy nueva y muy bonita; el *Teatro de la Victoria*, magnífico, suntuoso, uno de los mejores de América, sin duda alguna. Su vistoso frontispicio está decorado con arte; su interior es mucho mejor: el vestíbulo, cuyo piso es de mármol, es muy espacioso, y las amplias escaleras y el graderío que á los palcos y á la platea conducen son asimismo de mármol; los adornos de sus cuatro pisos, muchos y con exquisito gusto distribuídos, y sus condiciones acústicas nada dejan que desear. Es un teatro moderno, digno en un todo de VALPARAÍSO. A su lado está la *Dirección de Policía*, que nada tiene de particular, y en la esquina opuesta, y ocupando medio frente de la plaza, se levanta el suntuoso palacio de don Agustín Edwards, dueño de una fortuna colosal y miembro importantísimo de la política chilena. Quizá nos parezca bajo dicho palacio, para ser, como es, de dos pisos; pero de fijo convendremos en que es elegante y valioso. Antes de partir de la *Plaza de la*

Victoria á la calle del mismo nombre, que es la más ancha de VALPARAÍSO y la principal de las que de aquélla salen, nos detendremos en el jardín del centro, para pasearnos por él, y fijarnos en el esmero con que se le cuida y conserva, ó bien para ver (si nuestro paseo es antes de almuerzo ó de comida) á las mil y mil muchachas que por sus anchas aceras transitan, y que, ó van ó vienen de misa, ó tan sólo se pasean, como nosotros. Por de contado que muchas nos gustarán, y que no pocas nos fascinarán; mas como no tratamos de enamorarnos (¡líbrenos Dios de ello!), sino de conocer y de gozar, no nos preocuparán ni el talante serio, y hasta adusto, de las unas ni las miradas decidoras de las otras.

De prisa, más corriendo que andando, marcharemos por la calle de la *Victoria*, entre innumerables tiendas y casas de tres, de dos y de un pisos, buenas, regulares y malas, nuevas y viejas, hasta que lleguemos al *Parque Municipal*, á cuya puerta nos detendremos. Nos recibirán impasibles dos leones de mármol, de tamaño regular, los cuales descansan sobre pedestales del mismo mineral, y pisaremos sobre mosaicos, mientras en el parque estemos. Los bancos que á sentarnos nos convidan, son también de mármol, como los patos, cabritos y demás animalillos que hay en las fuentes y sobre pequeñas columnas, colocado todo con simétrica regularidad. En el centro se levanta un kiosco, en donde el *Orfeón*, una buena banda municipal, dá selectos conciertos, y una alta baranda de hierro circunda el parque por los lados que dán á la calle. El *Municipal* nos gustará por todo extremo, y, sin embarazo de ninguna especie, habremos de convenir en que habrá parques más grandes y con más valiosos objetos decorados, pero que, con todo, podría lucir en cualquier parte.

De allí tomaremos por la calle *Independencia*, como si retrocediéramos á la *Plaza de la Victoria*, para ver la

iglesia de los *Sagrados Corazones*, ó, por otro nombre, de los *Padres Franceses.* Es, acaso, la mejor de la ciudad, y á la que acude lo más selecto de los fieles. De la calle *Independencia*, sin detenernos, nos dirigiremos al *Estero de las Delicias*, denominación del ancho canal que, partiendo de un cerro, llega á la playa, cerca de la estación del *Barón*, obra inmensa, grandiosa, que costó, si no recuerdo mal, cuatro millones de pesos. A uno y otro lado del estero hay dos filas de árboles, y á uno y otro lado calles y casas, algunas de éstas de no escaso valor y de sencilla, pero sólida arquitectura. En el *Barón* tomaremos un carrito del tranvía, para descansar, y porque no hemos de caminar por la playa, ni de subir á las colinas que llevan ese mismo nombre, sino que hemos de tornar á nuestro punto de partida. Ahora, si en el trayecto deseamos conocer algo más, nos apearemos para visitar la iglesia de los *Doce Apóstoles* y la *Merced*, ambas á dos recientemente construídas, de estilo moderno, espaciosas y elegantes, y que sólo esperan á que la piedad las obsequie con imágenes y cuadros; y le daremos una ojeada al *Teatro Nacional*, que sin embargo de ser harto inferior al de la *Victoria*, no por eso carece de relativo valor, siquiera sea porque es extenso.

Hemos, por tanto, conocido lo mejor del *Almendral* y una parte del *Puerto;* réstanos conocer el resto de éste, para que así podamos formarnos una idea, vaga y superficial, de la parte plana de Valparaíso, la cual parte se extiende en anfiteatro, al rededor de la bahía. Para esto, descansaremos breves instantes.

***

Vamos, pues, al *Puerto*, la parte occidental de la población, la parte más cercana al fondeadero de la bahía, la parte en que el comercio es mayor y más importante.

En ella están todos los bancos, los más grandes almacenes, casi todos los *hoteles*, *restaurants* y casas de pensión, todas las oficinas públicas y la mayor parte de las particulares.

Dos calles nos brindarán sus aceras (*veredas*, que allá dicen impropiamente), y una y otra nos incitarán con su tráfico y sus bellas edificaciones: la calle *Prat* y la calle *Cochrane*. Preferiremos la primera. En ésta están los bancos, que son más de ocho, y algunos de los cuales, como el *Comercial*, el *Nacional*, el *Santiago* y, sobre todo, el *Valparaíso*, llamarán nuestra atención por lo elegante de su fachada y de sus oficinas.

Andando, llegaremos á la reducida *Plaza de la Justicia*, al pasar por la cual nos quitaremos el sombrero, é inclinaremos la cabeza, en prueba de la consideración que nos merece el respeto que en Chile se le guarda á la severa diosa; y continuando por la acera que dá al *Hotel de la Bolsa*, arribaremos á la *Plaza de la Intendencia* ó de *Sotomayor*, donde están el *Correo*, un edificio viejísimo, digno de las llamas; la *Intendencia*, que no merece otra cosa, y magníficas edificaciones, en cuyo examen no nos detendremos, porque los pies nos llevarán, aunque no lo querramos, al pie del grandioso monumento erigido á la Marina chilena en 1886. Nos descubriremos, y, reverentes, contemplaremos de hito en hito, y con el asombro que el recuerdo de lo heroico y de lo sublime ocasionan, la estatua en bronce de Arturo Prat, uno de los más ilustres marinos del siglo y el más ilustre de Chile y de la América toda; estatua que corona el monumento. También veremos con veneración y entusiasmo, en el segundo plano, las estatuas de Serrano, Riquelme, Aldea y un grumete, los gloriosos compañeros del inmortal Prat.

La calle *Blanco* y la avenida *Errázuris*, ambas á dos nuevas y muy espaciosas, nos ofrecerán sus andenes;

pero, desdeñándolos por ahora, volveremos hacia la *Intendencia*, para tomar la calle *Serrano*, que conduce á la *Plaza Echaurren*, y en la cual calle veremos el *Gran Hotel Central*, el segundo de VALPARAÍSO, y el *Hotel Continental*, al frente del anterior. La *Plaza Echaurren* nos agradará mucho por la limpieza, por los vistosos mosaicos y por las preciosas fuentes de su jardín, y también por los edificios que la rodean, que, sin ser de primera calidad, son bonitos en su conjunto. De allí iremos á la *Recova*, para formarnos concepto de lo que es un mercado en que se observa la higiene, y del que, por tanto, el aseo es la nota más distintiva; y después, y sin detenernos, caminaremos cara al Occidente hasta dar con los *Almacenes Fiscales*, que son ocho, y en cuya arquitectura admiraremos cierta severa elegancia y, sobre todo, una solidez á toda prueba. Cada uno tiene cuatro pisos de hierro, repletos casi siempre de mercaderías; lo cual evidencia el poder mercantil del puerto. Su fundación data de muy poco tiempo, pues los anteriores fueron destruídos por las bombas que Méndez Núñez arrojó sobre la plaza, cuando ésta no tenía cómo defenderse. La construcción de esos inmensos edificios importó varios millones de pesos.

Ahora sí recorreremos la citada calle *Blanco* y la dicha avenida *Errázuris*, que son las mejores de la ciudad por la grandeza y magnificencia de sus edificios. En una y otra hay soberbias casas de tres, de cuatro y de cinco pisos, que lucirían, sin duda, en cualquiera de las más importantes poblaciones europeas, y que revelan hasta adonde puede llegar VALPARAÍSO, si la suerte no se opone á su desarrollo.

Además del monumento *Prat*, podremos visitar el de *Cristóbal Colón*, el descubridor de la América; el de *Tomás Cochrane*, que fué uno de los organizadores de la Marina chilena, y el de *Wheelright*, que construyó el

primer ferrocarril que hubo en la América del Sur.
Ninguno vale mucho como obra de arte; pero los tres significan el aprecio que en aquella república se tiene por todos sus buenos servidores, y por los que, de esta ó aquella manera, han contribuído en algo al florecimiento y cultura del país. Chile es amigo de la ostentación —me decía un peruano. No; Chile es agradecido, y, ante todo, hay ostentaciones que honran.

* * *

Si estáis fatigados, terminamos aquí nuestro paseo, que, aunque hecho muy á prisa, nos ha mostrado mucho de lo mejor, de lo más nuevo y valioso de la ciudad; pero si os sentís con ganas de andar más, subamos á los *Cerros*, que su visita nos proporcionará muy variadas y algunas muy gratas impresiones.

Barrios irregulares, con calles tortuosas y empinadas, y casas por lo general muy pobres, sobre áridas colinas, esto es lo que forma la parte de VALPARAÍSO conocida con el nombre de *Cerros*. El llamado *Alegre*, de que antes hice mención, se diferencia de los demás, no en su topografía, muy parecida, sino en su aspecto, pues no carece de buenas, y aún elegantes, residencias.

Para subir á los *Cerros*, podemos contar con dos ascensores y con carruajes que nos llevan mediante un precio módico, si es que, como lo hicimos en nuestro paseo por la parte plana, no preferimos nuestros pies; y á fé que no nos arrepentiremos de conocer esas lomas y esos caseríos; porque si la suciedad de algunas calles nos repugna, y la pobreza, por no decir miseria, de muchos de aquellos zaquizamís nos mueve á compasión, en cambio desde allí veremos, mejor que desde cualquier otra parte, la hermosa bahía, con sus ondas azules, poblada de mil embarcaciones de todas clases y tamaños,

y en cuyos mástiles flamean banderas de casi todas las naciones y lugares del planeta que tienen comercio marítimo; porque desde allí admiraremos el trabajar diligente, casi contínuo, de muelles, de vapores, de buques y de botes, y porque desde allí halagarán nuestra vista los paisajes más variados que sea dado imaginar.

Valparaíso sin los *Cerros* sería simplemente una ciudad hermosa y rica, que mejora y florece día por día, y que está ufana de su porvenir brillante: con los *Cerros* es, además, una ciudad pintoresca, poética, si se quiere, *sui generis* tal vez.

* * *

Una de las instituciones que más honor le hacen á Valparaíso, es su numeroso y bien organizado *Cuerpo de Bomberos*, que tiene diez compañías, provistas todas ellas de las máquinas, mangueras y demás útiles indispensables.

La más distinguida juventud de aquella ciudad, así por lo que al elemento nacional respecta como por lo que al extranjero se refiere, pertenece al *Cuerpo de Bomberos*.

Dá gusto ver el empeño y la destreza con que todos trabajan cuando ocurre algún incendio.

Desde 1851, en que se fundó la institución en que ligeramente me ocupo, hasta la fecha, son numerosos los siniestros ocasionados por las llamas, y muchos los bomberos que en ellos han perecido con abnegación y heroísmo.

Reina entre las distintas compañías el espíritu de fraternidad, y cuando alguno de sus miembros muere, se le hace suntuoso entierro, así como se cuida y se ampara al que, por accidentes del oficio, sufre alguna lesión ó contrae alguna enfermedad.

* * *

VALPARAÍSO es hoy plaza militar de gran importancia. La defienden doce fuertes, artillados por modernos cañones Amstrong y por otras piezas de gran calibre, algunas de las cuales pesan cuarenta y siete toneladas.

Los nombres de estos fuertes, empezando por el Sur, son: *Rancagua*, *Yerbas Buenas*, *Talcahuano*, *Valdivia*, *Covadonga*, *Esmeralda*, *Ciudadela*, *Bueras Bajo*, *Bueras Alto*, *Andes*, *Pudeto* y *Callao*.

Agréguese á dichos fuertes el poderosísimo auxilio de la Escuadra, que tiene buques de todos los tipos, y que es la primera de América, no por el número de sus máquinas de guerra, pero sí por el valor, por la pericia y por la práctica de sus marinos, y se comprenderá cuánto, cuánto costaría hoy la toma de VALPARAÍSO.

* * *

La sabia constitución de Chile, inspirándose en los sentimientos nacionales á par que en los intereses del país, reconoce el catolicismo como religión del estado, pero consagra también la libertad de cultos.

No podía menos de ser así: el pueblo es esencialmente católico; pero la población de la república no está constituida sólo por chilenos, sino que la componen diversas colonias extranjeras, de las cuales algunas, como la inglesa y la alemana, son muy crecidas; y, por eso, los legisladores estimaron que no sería justo ni prudente cerrarles las puertas del país, ó ponerles dificultades, á los que, profesando un credo religioso diverso del nacional, buscan en aquél trabajo para vivir, ó bien se dedican al comercio, á las industrias ó á las artes, contribuyendo así al adelanto y al progreso.

VALPARAÍSO es la ciudad menos chilena de Chile; y, por consiguiente, ahí es donde la libertad de cultos se practica más; ahí es donde se ve al protestante, con el

libro bajo el brazo ó en la mano, asistir á las ceremonias de su culto.

* * *

Edítanse en Valparaíso cuatro interesantes diarios, de gran *formato: La Unión*, órgano del partido conservador; *El Mercurio*, liberal, y el más antiguo de todos, como que su fundación data de 1828; *El Heraldo*, radical, establecido hace poco, y *La Patria*, del que apenas si he leído muy pocos números, y cuyo color político no podría fijar con exactitud. A mi ver, *La Patria* es el inferior.

El personal que los redacta es competente, como puede observarlo el que los lea.

Distínguese esta prensa, como casi toda la de Chile, por su sensatez. Trata las cuestiones con ilustración y cordura; y puesto que no sirve miras bastardas, ni mezquinos intereses personalistas, sino que se inspira en el bien de la nación, aunque según el criterio propio del partido, de sus discusiones razonadas (pocas veces violentas), y que reflejan la opinión, se aprovechan con frecuencia los legisladores.

Yo he leído periódicos, principalmente de Colombia, escritos con más casticidad y pureza que aquéllos; pero no conozco en Hispano-América prensa más cuerda y juiciosa que la chilena.

De la libertad de que goza y hace uso, innecesario creo decir una sola palabra. Chile es la nación de Hispano-América en que más se acata el derecho y más se respetan las garantías constitucionales.

* * *

Entre los establecimientos de instrucción, son dignos de notarse: la *Escuela Naval*, servida por profesores competentes, y cuyo severo plan de estudios es la mejor ga-

rantía de competencia de los que de allí salen al servicio de la Armada; el *Seminario*, que regentan los P. P. Jesuítas con la sabiduría y el tino que les son característicos, y el colegio que dirigen las monjas inglesas, en el cual se educan las niñas de las más distinguidas familias, así de la localidad como de la capital y de otros puntos.

***

La vida en VALPARAÍSO tiene muchísimos atractivos. De mí sé decir que con mil amores me habría quedado allá.

Al darle el último adiós á la hermosa ciudad, desde la cubierta del vapor, cuando las sombras de la noche acababan de cubrirla, mis ojos se anegaron en lágrimas, é indecible tristeza, muy semejante á amargura, se apoderó de mi sér.

Traía conmigo muchos recuerdos, gratísimas memorias; dejaba muchas afecciones, cariños imperecederos.

Llegué solo; pero pronto me hallé acompañado.

¡Oh, VALPARAÍSO! Estás muy lejos y muy cerca: muy lejos, por la distancia que de tí me separa; muy cerca, porque, con todos tus encantos, vives grabado en mi memoria.

¡Que vuelva yo á verte!

LA PORTEÑA

Porteña: tal es el nombre con que se designa en Chile á la hija de Valparaíso.

—Y ¿por qué la llaman así?—me preguntaréis.

Acaso porque el gentilicio propio, esto es, regularmente formado, resulta mal sonante.

Constituída la población de la ciudad por elementos de nacionalidades diversas, sobre todo por la mezcla de chilenos con ingleses, alemanes y franceses, el tipo de las mujeres de la clase alta y de la media varía mucho, y es imposible, por ende, señalar caracteres físicos comunes á todas.

Al lado de una morena, veréis una rubia; junto á la de ojos negros, á la que los tiene azules; y con frecuencia encontraréis apuestas jóvenes en quienes el cabello y las cejas son blondos y los ojos negros, de un negro intenso, profundo, y otras en las cuales el pelo y las cejas negros contrastan con lo azul de la pupila.

Hay, por tanto, mujeres para todos los gustos; y las hay lindas, hechiceras, encantadoras.

¿Os gustan las morenas? ¿Queréis *conocer* una? Pues figuraos un rostro oval, de suaves y delicadas líneas, con dos ojos negros, grandes y decidores, sombreados por espesas y vueltas pestañas, con dos labios de nácar, delgados y voluptuosos, y una nariz ligeramente aguileña; y poned este rostro, lleno de gracia y rebosante de hermosura, sobre un cuerpo alto, esbelto y elegantísimo.

¿Preferís las rubias? Pues recordad uno de esos cromos ó láminas en que se exhiben muchachas cuyos cabellos parecen de oro, y cuyos ojos tienen el color del cielo, y decid que habéis visto, cual yo ví enamorado, á alguna de las lindísimas hijas de Valparaíso.

Casi todas, aún las que pertenecen á familias ricas, visten con sencillez, pero con esa exquisita sencillez que se confunde con la elegancia, más todavía, que es la misma elegancia.

Empero, no son los encantos físicos los que hacen valer más á la *porteña*; no son los artificios del arte y de la moda los que más la recomiendan. La piedad, que hace de la mujer ángel de la tierra, y la buena educación, que la hace ornamento de la familia y gala de los salones, son sus más valiosas prendas.

Para persuadiros de lo primero, id á un templo, á la hora de una ceremonia religiosa, y hallaréis llenas sus naves de vírgenes que oran.

Y no temáis que vuestra presencia las distraiga; que ellas se olvidan del mundo desde que ponen los pies á las puertas de la iglesia.

Os digo más: si queréis ver á todas las bellas de Valparaíso, no las busquéis en los teatros, ni en los parques, ni en los paseos; buscadlas en el templo; aguardad mejor á que salgan, porque adentro sólo veréis cabezas y espaldas cubiertas por fino manto de seda.

Sí; allá se reza mucho; pero se reza por sincera religiosidad, por devoción, no por fingida beatitud, por costumbre ó manía.

¡Ah! Si os fuera dado sorprenderlas de hinojos ante el altar del Omnipotente, abstraídas en la oración, os convenceríais de que es verdad lo que os digo; veríais cómo su alma, reflejada en la limpidez de su mirada, está pensando en Dios.

Y para persuadiros del trato fino de la *porteña*, de sus

maneras exquisitas y de su instrucción de buena ley, id á su casa; visitadla, y tratadla con intimidad, si os es posible.

Tal vez al principio no la juzgaréis bien; quizá la creeréis poco expresiva, y hasta adusta; pero cuando la conozcáis á fondo, y conozcáis con exactitud el carácter nacional, os convenceréis de que lo que tomáis por sequedad, es sinceridad, y de que lo que de sus labios brota, de su corazón sale.

Cuando allá se os abra la puerta de una casa, y una familia os ofrezca su amistad, tened por cierto que es porque se os cree caballeros, porque de veras se os estima y aprecia.

—Y ¿así es siempre?—me preguntaréis con sorpresa.

—Claro está que no—os respondo;—pero así es en la mayor parte de los casos.

De su cultura os costará todavía más imponeros.

¿Sabéis por qué?

Porque la *porteña* no es bachillera ni marisabidilla; porque en ella la instrucción es un tesoro que está oculto, como el oro en las entrañas de la tierra, que aparece cuando se le busca, cuando se escarba, por decirlo así.

EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS

Pasó el día 3 de mayo de 1892, fecha de mi llegada á Valparaíso, y pasaron el 4, el 5, el 6 y no recuerdo cuántos más, y en toda la ciudad no se hablaba sino de *El Monaguillo.*

El Monaguillo—decían los jóvenes con fruición; *El Monaguillo*—repetían con entusiasmo algunos viejos, y otros con marcado disgusto; *El Monaguillo*—exclamaban con avidez las muchachas; *El Monaguillo*—balbuceaban asustadas, temerosas y arrepentidas las beatas; *El Monaguillo*—murmuraba con retintín algún sujeto grave; *El Monaguillo*—bostezaba alguien, harto, sin duda, de la *cantaleta eterna;* y hasta las máquinas de vapor, al lanzar su silbido estridente, las campanas de las iglesias, al tocar á rezo, y las carretas y carretones, al remover el pavimento, parecían decir y repetir: *El Monaguillo.*

—"¿Ya vió usted *El Monaguillo?*" "¿Qué le parece á usted *El Monaguillo?*"—Estas y mil preguntas semejantes eran el tema obligado de todas las conversaciones.

* * *

Era el caso que una compañía de zarzuela española, que funcionaba en el *Teatro de la Victoria*, había puesto en escena el juguete cómico-lírico intitulado *El Monaguillo*, y que el muy Honorable Ayuntamiento, después

de discurrir largo y tendido sobre dicha piececita, había dispuesto, por mayoría de votos, que ésta no volviese á ser representada en el coliseo municipal.

Semejante prohibición cayó como una bomba en el seno de la sociedad porteña; y si la alegría de algunos fué inmensa, la indignación de los más no tuvo límites. Hablóse de garantías conculcadas, de leyes violadas y de derechos escarnecidos; y no faltó caletre que llegase á pensar que aquella medida de los señores ediles, era el golpe más rudo que asestarse pudiera á la recién triunfante revolución constitucional.

Terció la prensa en el asunto; y como el entusiasmo y el calor, en vez de amenguarse con el discurrir de los días, iban en aumento, vióse la Municipalidad en la necesidad de reconsiderar la determinación por ella tomada. Diz que las discusiones habidas en el recinto de la Noble Corporación, fueron acaloradísimas, estrepitosas, terribles; que se habló hasta del juicio final y de la resurrección de la carne, y que los conservadores trajeron en apoyo de sus opiniones las doctrinas de los padres de la Iglesia, y los liberales las de los enciclopedistas del pasado siglo en defensa de las suyas. Lo cierto fué que *El Monaguillo* salió triunfante, y que, pocos días después, el público llenaba de bote en bote el *Teatro de la Victoria* para verle de nuevo representar.

—"La ocasión es de perlas"—díjeme, y apenas hube concluído de comer, encaminéme presuroso al elegante coliseo, para saber por mí mismo qué cosa era el *requetenombradísimo Monaguillo.* Todos los sillones de balcón, todos los asientos de palco y de platea estaban vendidos y ocupados, y, quieras que sí, quieras que no, tuve de resignarme á tomar una entrada general y permanecer en pie durante la función, pues que, de retirarme, me quedaría sin saber lo que la dichosa zarzuelita era.

Recorría con mi memoria la lista numerosa de los dra-

mas, comedias, sainetes y zarzuelas que había visto representar y leído, fijándome en aquellos que pudieran pecar de *inmorales y revolucionarios*, á ver si alguno me daba indicio de lo que la obrita de marras pudiera ser; pero ¡que si quieres! todos tenían que parecerme tortas y pan pintado ante aquesta, que de tan poderosa manera traía afectada á toda una sociedad, y sociedad culta, por añadidura.

Aproximóse la hora suprema: el telón iba á levantarse; y la curiosidad, el deseo, el anhelo, pintábanse en todos los semblantes.

Alzóse el telón; y el más profundo silencio reinó en aquel vasto recinto.

—"Ojos, á ver; oídos, á escuchar"—ordenó todo el mundo á los suyos.

Sin novedad pasaron las primeras escenas; pero al asomarse el *Monaguillo* (papel que desempeñaba la simpática tiple Lola Millanes), una salva de atronadores aplausos resonó en las bóvedas del coliseo, y una multitud de voces gritaron: "¡Muera Egaña!" "¡Abajo Egaña!" (*)

De aquí hasta que la función concluyó, los aplausos fueron casi incesantes y los mueras casi contínuos. Si no recuerdo mal, hasta Balmaceda (q. e. p. d.) *salió á bailar.*

* * *

—Pero ¿y qué era, qué es *El Monaguillo?*—me preguntarán aquellos de mis lectores que no le conocen.

(*) Rafael Egaña, el distinguido y simpático escritor que firma con el pseudómino de *Jacobo Edén*, miembro conspícuo del partido conservador chileno, y uno de los concejales que más habían trabajado, según oí decir, por que se prohibiese la representación de *El Monaguillo.*

—Una simpleza, nada más que una simpleza—respondo.

Trátase de un muchacho á quien un su tío quiere hacerle vestir los hábitos. El muchacho no tiene maldita la vocación. Valido de las circunstancias, introdúcese en un convento de monjas, disfrazado de mujer, y, de buenas á primeras, pónese á requebrar á todas las novicias. Advertida la Superiora de lo que ocurre, pone al pillín de patitas en el arroyo, y todo queda en paz y en gracia de Dios.

Hallar en esto una falta á las buenas costumbres, sería llevar hasta lo absurdo el celo por la moralidad; y ver en ello un ataque á las instituciones monásticas, fuera el colmo de la suspicacia.

El Monaguillo es sólo una zarzuelita de tres al cuarto, que ni enseña ni ataca cosa alguna, y que divierte ó no al espectador, según su gusto y el estado de su ánimo.

—Y, entonces, ¿qué motivó semejante algazara?—se interrogará.

—Lo que motiva todos, ó la mayor parte de los barullos político-sociales en Hispano-América: la novelería y la pasión de partido.

VIÑA DEL MAR

Entre las bonitas y pintorescas poblaciones situadas á la orilla del camino de hierro que de Valparaíso conduce á Santiago, ninguna me agradó tanto como VIÑA DEL MAR.

Encuéntrase esta encantadora villa á siete kilómetros de la primera de aquellas ciudades y á uno y medio del Pacífico, entre pensiles y jardines, que ostentan profusión de árboles, de plantas y de flores variadísimos.

Casi insignificante por su extensión y por el número de sus pobladores (que, de ordinario, no llegan á cinco mil), VIÑA DEL MAR debe su importancia, como población, á las preciosas casas de campo, *chalets* vistosísimos, que allí han edificado muchas de las familias acaudaladas de Valparaíso y de Santiago, y á ser el punto escogido por esas familias para la temporada de verano.

Yo no la conocí entonces, sino en los últimos días del otoño, cuando el frío empezaba á ser intenso, y el sol á amortiguarse, y los árboles y las plantas á perder su frescura, y las flores su aroma y su color; pero entonces, en el verano, es cuando hay que visitarla; entonces, cuando sus calles solitarias vénse pobladas á toda hora del día, ya por grupos de apuestas muchachas que acuden al baño y al paseo, ya por grupos de respetables matronas y de circunspectos caballeros que buscan aquí

y allí el aire puro y fresco, que dá esparcimiento al espíritu y placer al organismo; entonces, cuando la santiaguina y la porteña lucen á la par sus encantos, y rivalizan en donaire; entonces, cuando su cielo azul exhibe toda su limpidez y su hermosura; porque entonces deja de ser la población silenciosa, aunque elegante y pintoresca, que habitan los que aman el silencio y la soledad, para convertirse en la villa coquetona, mansión de los que rinden culto á la moda.

* * *

Entre los edificios con que cuenta VIÑA DEL MAR, sobresale el *Hotel Inglés*, lujoso y elegantísimo, y con capacidad para muchas personas y familias. Dos defectos muy graves tuve ocasión de notar en este *hotel:* consiste el primero en que allí se exige á los visitantes guardar esa cursi y antipática etiqueta inglesa; y estriba el segundo en que la alimentación, también al estilo inglés, deja mucho, pero mucho que desear, no á un gastrónomo, tampoco á un glotón, sino á cualquier persona de mediano gusto. Por lo demás, es un establecimiento que honraría á una ciudad populosa.

Antes de conocerle, había oído hablar con aprecio del hipódromo. Cuando le conocí, no pude explicarme qué podrá tener de bueno.

* * *

Si Chile no se detiene en el camino del progreso, que hasta hoy ha recorrido con paso seguro, VIÑA DEL MAR llegará á ser una de las mejores y más lindas ciudades del Pacífico, rival de Valparaíso ó de San Francisco, si es que no se une con aquélla, y juntas forman el emporio del comercio y de la cultura sud-americanos.

Hija mimada de un pueblo heroico, libre, rico y sensato, goza de un clima delicioso, que nunca llega á los extremos de frío y de calor que hacen insoportable la vida al que nació en otras latitudes, y ocupa una posición ventajosísima, aparente para el desarrollo del comercio y de las industrias.

QUILLOTA

Un cielo azul y transparente la cubre; verdes y feraces son las campiñas que la rodean; pintoresco y bien cultivado el valle en que está asentada; límpidas y cristalinas sus aguas, y su clima, aunque varía con las estaciones, es delicioso y salutífero.

Por eso, y por el silencio imponente de sus calles, QUILLOTA recuerda á nuestra Antigua Guatemala, la "clásica ciudad de las ruinas," como se la ha llamado.

Hacia el norte de QUILLOTA, álzase el cerro de *Mayaca*, y sobre éste una cruz, es decir, la insignia sagrada de la Redención, que comunica á la ciudad ese religioso aspecto, ese tinte cristiano, digámoslo así, que se advierte en la Antigua por sus muchos templos, derruídos hoy los más.

¡Qué respeto tan profundo infunde al alma del creyente aquella modesta cruz!

Dijérase que la piedad la colocó allí para recordar á los hombres el sacrificio del Calvario, el holocausto del Hijo de Dios; para que los hombres no olviden que la divina oblación del Omnipotente les impone el deber de ser buenos, de ser justos, de ganar la eterna recompensa por El prometida á los que cumplen con los preceptos de su santa doctrina.

Señalaré otro punto de semejanza entre las dos poblaciones citadas: el valle de la Antigua está atravesado por el Pensativo, *silencioso*, según la feliz expresión del

12

primero de nuestros poetas contemporáneos, el insigne cantor de Santa Rosa de Lima; y por el valle de QUILLOTA deslízase otro río, límpido como la conciencia del niño y como el Pensativo silencioso.

¡Ah! Si es grato recordar la patria ausente, recordar lo que tiene de bello, de hermoso, de poético, harto más grato es recordarla en presencia de panoramas y de cosas que se asemejan á los suyos, también bellos, también hermosos, poéticos también.

¡Cuánto, cuánto gocé en QUILLOTA! Imaginábame estar en mi tierra querida, cerca de los míos, en contacto con los séres y los objetos que me pertenecen por la amistad, por el cariño, por el corazón; teniendo mi vista por horizonte azules montañas y esos majestuosos volcanes que la naturaleza, en su soberbia, elevó hasta tocar sus cimas con las nubes.

Para saber lo mucho que se adora á la patria, preciso es ausentarse de ella.

* * *

A pesar de hallarse en el camino de Valparaíso á Santiago, esto es, entre las dos más populosas, ricas y mercantiles ciudades de la república, y de contar con preciosos elementos, QUILLOTA es una ciudad muerta para el comercio y para las industrias. Tiene, sí, una importante fábrica de cerveza, de las mejores del país; pero en sus almacenes sólo se venden, en pequeña escala, aquellos objetos necesarios para el uso de los moradores; y de la agricultura cabe asimismo asegurarse que se limita al cultivo y producción de los granos y frutos indispensables para el consumo.

Las casas, de un solo piso las más, son, por lo general, bien construídas, espaciosas y cómodas: casi todas tienen huerta, sembrada de peras, duraznos, lúcumos,

chirimoyos y parras, cuyos deliciosos frutos satisfacen el paladar más exigente.

Habitan á QUILLOTA cerca de diez mil personas, que hacen una vida casi patriarcal, ajena de las conmociones políticas.

* * *

En QUILLOTA fuí testigo de uno de esos dramas, mejor dicho, de una de esas escenas dramáticas que empiezan entre lágrimas, y que entre lágrimas terminan; en que lo conmovedor y lo patético no dependen del estallido de las pasiones brutales, sino del choque de los afectos puros; en que no se siente con los nervios, sino con el corazón.

* * *

De Valparaíso zarpó, hace siete lustros, un velero con rumbo á Cádiz. A bordo de ese velero iba un niño, de nueve años de edad, y le acompañaba una mujer, una honrada y buena mujer, que le había cuidado durante su infancia, y que no quería dejarle solo cuando los riesgos del mar pondrían en peligro su existencia.

El niño se quedó en España, adonde fué con el objeto de seguir una carrera; la mujer, después de cumplir con la que ella había jnzgado obligación suya, tornó á su patria.

Transcurrieron treinta y dos años sin que el uno y la otra volvieran á verse, volvieran á estrecharse entre los brazos, á confundirse en uno de esos hermosos arrebatos del cariño.

* * *

Aquel niño era ya un hombre, no sólo por su edad, sino también por su energía, por su talento, por su ilustración, y porque había sufrido mucho, y el sufrimiento es fragua que templa el alma; pero conservaba su corazón infantil, tierno y sensible, y, en lo más hondo de ese corazón, conservaba también los recuerdos de su primera edad, de sus días más risueños, cuando jugaba á los pies de su virtuosa madre; y entre esos recuerdos tenía fresco, palpitante el de la buena mujer que guió sus primeros, inciertos pasos, y que le acompañó en aquel penoso viaje.

La mujer continuaba siendo tan buena como siempre lo había sido; mas ahora era pobre, muy pobre, y estaba casi paralítica. Su único consuelo en la tierra era su resignación; su única esperanza cifrábala en el Cielo, en Dios.

* * *

Hay en QUILLOTA una calle, la *Calle Larga*, que tiene más de seis kilómetros de longitud; y casi al final de esa calle, y después de doblar dos ó tres cuadras, se encuentra una casita, cuyo menaje lo forman tres ó cuatro sillas desvencijadas, dos ó tres camas viejas y de tosca construcción, algunos cuadros con imágenes de santos y los trastos y utensilios de cocina y de mesa que no les faltan ni á las personas más necesitadas.

A la puerta de esa casita tocó, como á las dos de la tarde del 11 de mayo de 1892, el caballero á que estas líneas se refieren.

Pocos instantes después, la puerta se abría, y á un paso de su umbral aparecía una señora, de aspecto agradable, de mirada penetrante, y cuya edad, que no puedo fijar, la colocaba en el primer escalón de la decrepitud.

Al verse frente al caballero, la presunta anciana hizo

un gesto espontáneo de extrañeza; sus labios se contrajeron, como si la voz se le ahogase en la garganta, y en sus ojos se pintó la admiración, cual si nunca hubiera llamado á las puertas de aquel humilde albergue una persona de tal clase.

—¿Es aquí donde vive Fulana de Tal?—le preguntó el caballero.

—Sí, señor—balbuceó la señora.

—¿Y está aquí?

—Sí, señor.

—Hágame usted favor de llamarla; vengo á verla.

—Muy bien, señor.

* * *

A poco rato se dejó ver la anciana objeto de la visita. Dos muletas la sostenían; su traje, aunque pobrísimo y viejo, era aseado; al través de su mirada apacible dejábase percibir la tranquilidad de su conciencia, y la sonrisa que entreabría sus labios manifestaba lo ingénuo de su corazón á par que su avenimiento con la desgracia.

—¿No me conoce, Fulana?—le interrogó el caballero con cariñoso acento, entrecortado por la emoción.

La viejecita clavó en él sus ojos; le contempló atentamente de la cabeza á los pies; titubeó, y, al cabo de algunos instantes, repuso:

—No, señor.

Pero la otra, que, sin duda por su menor edad, conservaba más frescos los recuerdos, reconoció entre tanto al niño de aquellos tiempos, y pronunció con júbilo su nombre.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas del caballero; los ojos de la anciana se anegaron en llanto; soltó ésta las muletas, como si ya no las necesitase, y un abrazo estrecho, apretado, efusivo confundió en una sola el alma de los dos.

¡Qué alegría la de la anciana! ¡Qué emoción la del caballero! Y á la vez ¡qué tristeza la del uno y la de la otra! El pasado con todas sus vicisitudes acudió á su mente. ¡Cómo había volado el tiempo! Y ¡cuánto, cuánto se había llevado en pos de sí! Pero ¡qué dicha tan inefable la de volver á juntarse al fin de tantos años!

Qué tienen esas escenas para que no puedan contemplarse sin que el corazón se conmueva, sin que el llanto anuble la vista, quizá nadie lo sepa; pero yo gemí como un niño, y en vano quise contener aquella expresión de sentimiento.

Después, sentados todos, la viejecita y "aquel niño que ella quería tanto" se pusieron á conversar, y ora una sonrisa se asomaba á sus labios, ora una lágrima salía de sus ojos.

Agotado el ayer de las remembranzas, se habló del hoy de las realidades, tan triste, tan amargo para la viejecita.

Sufría mucho, y no contaba con recursos para procurarse un alivio. Gracias á su hermana y á Dios, siempre misericordioso, tenía un bocado que llevarse á la boca. Ella estaba conforme; así lo había dispuesto el Cielo; pero ¡qué diferente antes, cuando gozaba de salud, cuando sus fuerzas, ahora tan debilitadas, le permitían trabajar, y cuando sus amos, sus generosos patrones, le pagaban con creces los servicios que ella les prestaba! Pero ella estaba conforme. En la vida celestial sería feliz.

Mas Dios, que á veces premia también en la tierra, quiso que la anciana pase tranquilos los últimos días de su vida; que ya no sea duro el pan con que satisfaga su hambre, y que si antes se acordaba de El por la Esperanza, se acuerde ahora por la Caridad.

Porque el caballero no había ido á ver á la viejecita para hacerla gemir; no había ido para hacerla recordar días más venturosos, tiempos mejores; había ido á reme-

diar sus necesidades, dándole con qué pagar al médico que la asistiese, y señalándole una pensión vitalicia, que habrá alejado el hambre de aquel modesto, pero risueño hogar, nido de la virtud, mansión de la honradez.

Nuevas y abundosas lágrimas, abrazos tan apretados, tan fuertes como el primero, y muchas palabras de cariño, de gratitud y de agradecimiento finalizaron aquella encantadora escena, tan sentida por mí como mal descrita por mi pluma.

SANTIAGO

Al revés de Lima, la sultana de ayer, SANTIAGO crece, prospera y se embellece día por día.

Donde un incendio destruye un edificio, allí se alza otro mejor, elegante, suntuoso; donde el tiempo hace estragos, allí la mano del hombre repara y mejora, y lo que antes era campiña, es ahora sitio habitado.

Para hallar algo que, por su aspecto, atestigüe ser de época remota, hay que andar varias cuadras; y es casi seguro que no se caminan cien metros, sin que la vista dé con una casa, con un palacio ó con una iglesia en que la arquitectura luce sus más bellas formas, y en que el lujo, el fausto ó la opulencia se manifiesta.

* * *

Buenos Aires despertaba la envidia de muchas ciudades europeas; Lima era magnífica; Río Janeiro miraba con desdén á las demás capitales de Sud-América; México estaba orgulloso de su esplendor, y Quito y Guatemala, aunque pequeñas y relativamente despobladas, tenían templos grandiosos, que podían ser gala de una ciudad de medio millón de habitantes; mientras que SANTIAGO sólo podía vanagloriarse de ser la capital de la más cuerda y mejor gobernada de las repúblicas de Hispano-América.

La Colonia le había legado muy poco: un hermoso pa-

lacio de Gobierno, *La Moneda*, y esta herencia debía agradecérsela á una equivocación; la *Catedral*, que dista mucho de igualar á la de otros lugares, y algunos templos, conventos y edificios de escaso ó relativo valor. Sus casas eran de adobe y casi todas de un solo piso, y sus sitios de recreo le debían la mayor parte de sus encantos á la naturaleza.

Pero llegó el día en que, llena de fuerza moral, sus hijos echaron mano de los recursos que el trabajo y una acertada administración habíanles proporcionado; y la modesta hurí del Mapocho pasó á ser la espléndida reina de los Andes. El ladrillo sustituyó al adobe, y el mármol y el pórfido decoraron umbrales, dinteles, escaleras, suelos, paredes y jardines. Los poderes del Estado y las oficinas administrativas tuvieron regios locales; los fieles, templos soberbios para orar; los viajeros, *hoteles* cómodos y lujosos; los paseantes, parques, pensiles y alamedas, en que el arte hizo prodigios y labró primores; hubo teatros magníficos para que la gente se divirtiera, y los centros de instrucción fueron dotados de edificios dignos del alto fin que persiguen y realizan. Una multitud de tranvías cruzó sus rectas y espaciosas calles, cuyo empedrado se mejoró; el comercio ensanchó sus almacenes, fundó importantísimas casas bancarias y aumentó el número de sus tiendas; las industrias se multiplicaron; florecieron las artes; creció la agricultura, y el buen gusto, la moda y la elegancia se entronizaron. Para oponerse á la acción destructora del fuego, establecióse un cuerpo de bomberos, superior por los elementos con que cuenta y meritísimo por los servicios oportunos que presta; para aliviar á la humanidad pobre que padece, hay hospitales muy bien atendidos, hospicios de inválidos, casa de Orates, asilo de expósitos y lazaretos, y para ilustrar al pueblo, además de las escuelas, colegios, institutos y universidades, cuéntase con una riquí-

sima biblioteca pública. El servicio de correos, telégrafos y teléfonos es completo, y el alumbrado de gas está bien atendido. Por las calles corren más carruajes públicos que en poblaciones dos veces más populosas, y en los talleres y establecimientos se fabrica y se vende casi todo lo que la necesidad exige y mucho de lo que el gusto pide.

Hoy SANTIAGO sólo le cede la palma de la opulencia á Buenos Aires, cuyo asombroso adelanto se debe en gran parte á la inmigración; y si no supera á Río Janeiro y á México, tampoco se queda atrás.

* * *

Entre lo que más llama la atención del viajero en SANTIAGO, están sus paseos públicos, de los cuales los más notables son, además del *Cerro de Santa Lucía* (que describo en otro artículo) los siguientes:

La *Alameda de las Delicias*, bellísima avenida de cuatro kilómetros de largo por cien metros de ancho, que se extiende de Oriente á Occidente. Cuatro filas de árboles lozanos la dividen en calles. Entre las dos filas del centro, hay una multitud de bancos y escaños, que convidan al paseante á descansar bajo la sombra de esos árboles, ó á ver discurrir el sin número de personas, de vehículos y de carruajes que por allí transitan á toda hora, principalmente en la tarde. En esta *Alameda* han erigido el patriotismo y la gratitud nacionales muchas estatuas y monumentos, entre los que merecen especial recuerdo, por su valor artístico, por su importancia histórica ó por su alta significación, las estatuas ecuestres de *O'Higgins* y de *San Martín*, próceres eminentes de la independencia; la estatua de *Portales*, el estadista modelo; una columna que recuerda á los primeros historiadores chilenos, y el sencillo, pero expresivo monu-

mento que perpetúa la memoria de los primeros ciudadanos que se dedicaron á la difusión de la enseñanza popular en la república.

El *Parque Cousiño* es considerado como el mejor de Sud-América, por su extensión, riqueza y arte. Los domingos por la tarde, es el paseo favorito de la alta sociedad santiaguina, que recorre sus lindas calles de árboles y flores en elegantes carruajes tirados por hermosos caballos.

Para conocer y apreciar la *Quinta Normal*, necesítase de algunas horas, que pasan fugaces entre los encantos y las curiosidades que contiene. En sus floridos verjeles, hay árboles y plantas variadísimos, cultivados con todo esmero, y en su jardín zoológico, animales de distintos climas; pero lo que más atrae en ella la atención, por su originalidad, es un precioso kiosco de botellas. En la *Quinta Normal* se encuentra el palacio de la *Exposición*, magnífico edificio de dos pisos, con amplios salones y museos de ciencias naturales é históricas.

El bonito y bien arreglado jardín de la *Plaza de Armas*, con fuentes al centro y á los lados, y los portales *Mac-Clure*, atrás del cual queda la soberbia galería de *San Carlos*, y *Fernández Concha*, que dá entrada por el Sur al *Pasaje Matte*, situados al Este y al Mediodía, respectivamente, de la *Plaza*, son también puntos de paseo muy frecuentados. Desde las nueve á las once de la mañana, y durante las primeras horas de la noche, se ve pasar por dichos portales, ora en gárrula compañía, ora en solitario recogimiento, á las mil y mil hermosas santiaguinas, de las que una dama, escritora distinguida, ha dicho que parecen "vascongadas por sus abundantes cabelleras y sus rosadas carnes, sajonas por su continente grave, catalanas por su misticismo y parisienses por su elegancia irreprochable." (Harto más me parecen á mí, por supuesto; pero mi opinión, tratándose de

mujeres, máxime cuando son lindas, acaso peque de parcial; y, por tanto, me concreto á transcribir la de Eva Canel, quien, por mucho que ame á las personas de su sexo, no las amará, de fijo, hasta la idolatría, cual las amamos todos los hombres de buen gusto).

¡Ah! Al ver una de aquellas muchachas de pié brevísimo, de blanca y gorda manecita, de cutis fresco, nacarado, tercísimo, de labios purpurinos y de mirar de fuego, llénase uno de ilusión; y si á tales gracias se agregan un cuerpo esbelto y bien torneado y ese coqueteo hechicero de la mujer elegante, conviértese la ilusión en amor, en ese amor que embarga el alma sin cautivarla; amor que inspira todo lo bello; que tiene más de ideal que de real, y para el cual están abiertas de par en par las puertas del corazón......

***

Además del teatro de *Santa Lucía* (que menciono en otro artículo), SANTIAGO tiene tres: el *Municipal*, el que lleva su mismo nombre y el *Politeama*.

El *Municipal* es un coliseo amplio, elegante y lujoso, digno, no sólo de SANTIAGO, sino también de cualquier capital europea. El vestíbulo y los corredores son menos espaciosos que los del *Teatro de la Victoria*, de Valparaíso, y sus adornos y decorado menos primorosos; mas en comodidad y lujo aventaja el primero al segundo. Tiene cuatro pisos, tres correspondientes á palcos y uno á la galería ó *paraíso*.

El *Municipal* funciona sólo en invierno, y en él trabajan muy buenas compañías de ópera italiana. Como el gobierno no las subvenciona, el público las paga; por lo cual los precios de entrada á ese teatro son muy crecidos. El abono á los palcos principales casi importa un capital, y el derecho á la llave, que se subasta, se ha re-

matado varias veces por varios cientos, y aún miles, de pesos.

El *Santiago* es un teatro de segunda clase, grande, pero sumamente bajo, destinado para drama y zarzuela.

El *Politeama* es pequeño, propio para cómicos de la legua, como lo que allí representan, digo, destrozan zarzuelas y sainetes; y tanto por este motivo como por la fuerza de la costumbre, las *damas* que lo favorecen y *honran* con su presencia, son, por lo común, mujeres de rompe y rasga, que si acaso piensan llegar á la santidad, es por el mismo camino que llegó la Magdalena, pero, eso sí, con más, con muchas más culpillas de que arrepentirse.

En este teatro, como en el *Santiago*, y en el *Nacional* y en el *Odeón*, de Valparaíso, está establecido el sistema de tandas; sistema que si bien es ventajoso para el público, no siempre dispuesto á presenciar la representación de una obra completa, ha contribuído en gran manera á la corrupción del gusto y á la consiguiente decadencia del arte escénico.

***

Ciudad profundamente religiosa, SANTIAGO tiene muchos y muy buenos templos consagrados al culto católico, entre los cuales sobresalen, por su riqueza y por su majestuosa y sólida arquitectura, la *Catedral*, *Santo Domingo*, la *Merced* y la *Recoleta Dominica*.

La *Catedral*, de piedra, es una iglesia antigua de tres naves, con el coro en medio de la mayor. Posee ricos altares, magníficos cuadros y valiosos ornamentos y vasos sagrados, y cuenta con todo lo necesario para atender debidamente á la celebración del culto, pues no ha sido, como lo fué la nuestra, víctima del favor liberal, dispuesto siempre á echar mano de los caudales de la Igle-

sia y de los bienes del Clero en provecho de la propia hacienda. Su fronstispicio es harto sencillo y no del mejor gusto; pero el más capital de sus defectos estriba en que, no sólo le falta una de las torres, sino en que es de ladrillo y de aspecto feísimo la que tiene. La vistosa y elegante fachada del *Palacio Arzobispal*, contiguo á la *Catedral*, contribuye, por otra parte, á que la de ésta cause tan poca agradable impresión.

Con menos lujo y riqueza en su interior que la *Catedral*, *Santo Domingo*, también de piedra, aventaja á la primera en su exterior, y su aspecto es más imponente. Sus elevadas torres se destacan de entre los más altos edificios de la ciudad.

La *Merced* se distingue por su bella arquitectura. Es una iglesia moderna, preciosísima.

La *Recoleta Dominica*, aun no concluída, es la mejor gala religiosa de SANTIAGO, y acaso el templo más suntuoso y soberbio de la América Española. Altas columnas de mármol, como de un metro de diámetro cada una, la dividen en tres naves. El gusto, el arte y la riqueza que en toda esta iglesia se advierte, son superiores á toda ponderación.

San Agustín, *San Antonio*, *San Ignacio*, la iglesia del *Salvador* y la *Recoleta Francisca* merecen asimismo ser citados al lado de los anteriores templos, aunque no compiten con ellos.

* * *

Los edificios públicos más notables, aparte de los ya mencionados, son: el *Palacio del Congreso*, la *Universidad Nacional*, el *Mercado Central*, la *Corte Suprema de Justicia*, la *Biblioteca Nacional*, el *Correo* y la *Intendencia*.

El *Palacio del Congreso* es el mejor, el más bello y suntuoso de los monumentos oficiales de SANTIAGO y de todo Chile. Mide setenta y ocho metros de largo por

setenta y seis de ancho; es de dos pisos, y tiene cuatro elegantes peristilos de seis columnas cada uno. Por el lado Este dá entrada á la Cámara de Diputados; por el Norte, al Congreso Nacional; por el Oeste, á la Cámara de Senadores, y por el Sur, á varias oficinas establecidas en el segundo piso. El más amplio y lujoso de sus salones es el llamado *Salón de Honer.* Hacia los costados del Norte y del Oriente, hay un bonito jardín, en el que se alza un hermoso monumento, homenaje á las víctimas del espantoso incendio ocurrido el día de Concepción de 1863 en la iglesia de los *Jesuítas*, que ocupaba ese lugar.

Este soberbio palacio fué comenzado en 1857 y estrenado en 1876.

La *Universidad*, en la *Alameda de las Delicias*, se distingue por la solidez y elegancia de su construcción.

El *Mercado Central*, bajo y pequeño, vale poco como edificio; pero la higiene que en él se observa y la acertada distribución de sus departamentos lo recomiendan y avaloran.

La *Corte Suprema de Justicia* dista mucho de corresponder, si no á la importancia de su objeto, por lo menos á la de la ciudad.

La *Biblioteca Nacional*, á cuyo frente hay una plazoleta en la que se levanta la estatua de Bello, "el patriarca de la literatura americana," como con tanta razón le ha llamado el sabio español Menéndez Pelayo, no es, ni con mucho, un edificio valioso; mas el mérito y la cantidad de los libros que contiene, le dán la importancia de que carece como obra arquitectónica.

El *Correo* y la *Intendencia*, hacia el lado Norte de la *Plaza Mayor*, son notables, como la *Universidad*, por su bello aspecto y por su sólida construcción.

* * *

Entre las residencias particulares, hay algunas merecedoras de llamarse palacios, y palacios suntuosos, así por el costo, la elegancia y la magnificencia de su fábrica, como por el lujo extraordinario, asiático, en toda la extensión de la palabra, con que están decoradas y amuebladas sus salas y habitaciones; lujo que si bien está en consonancia con el caudal inmenso de sus propietarios, supera, sin duda, al que corresponde á una ciudad como SANTIAGO, la mayor parte de cuyos edificios públicos son inferiores á estas regias mansiones.

La casa de la señora viuda de Cousiño, quien posee uno de los capitales mayores que se conocen; la de don Melchor Concha, la cual semeja una pagoda, con altas y vistosas torres de bronce dorado; la de don Claudio Vicuña, imitación de la Alhambra de Granada, y la flamante de don Agustín Edwards, más parecen habitaciones reales que moradas de particulares. La construcción de la inferior de todas costó más de ochocientos mil pesos, y el valor de los objetos de arte y de los muebles que tiene cada una, haría la fortuna de un individuo.

En general, puede afirmarse que casi todas las casas del centro de SANTIAGO son palacios magníficos. Sólo como excepción se ve entre ellas alguna vieja ó de escaso precio.

* * *

Alguien ha dicho que la capital de Chile es la Atenas de la América española.

Si no la más, SANTIAGO es, á no dudarlo, una de las ciudades más cultas del Continente. Sus numerosos establecimientos de instrucción, tanto públicos como privados; los periódicos que en ella se publican, y entre los que tienen mayor circulación y gozan de más crédito

El Ferrocarril, *La Libertad Electoral* y *El Porvenir*, liberales los dos primeros y conservador el último; el aprecio que, en general, se tiene por las letras y las artes; la producción literaria, muy considerable en relación á la mayor parte de las capitales y poblaciones de Hispano-América; el número de sus jurisconsultos, médicos, matemáticos, oradores, poetas, novelistas, historiadores y filósofos, entre los que hay notabilidades y eminencias, y la ilustración casi general de su juventud, son circunstancias que demuestran con elocuencia tal aserto. Pero lo que, á mi ver, evidencia más la cultura de SANTIAGO, es que algunas oficinas públicas, como las de correos, y muchas particulares son satisfactoriamente servidas por mujeres, y que no faltan muchachas que, después de haber asistido á las aulas universitarias y satisfecho todos los requisitos legales, ejercen la abogacía y creo que también la medicina; cosa que, no sólo no sucede, sino que sería mal vista, ó, por lo menos, chocante en otras capitales americanas que de ilustradas se jactan.

Muchos almacenes y tiendas están atendidos por mujeres; y solemne bolonio y tonto de capirote es, sin duda alguna, aquel varón que en SANTIAGO la pasa de dependiente, midiendo varas de género y espendiendo sombreros, camisas, calzoncillos, cuellos, guantes, etc., etc.

* * *

El área de la población, si se tiene en cuenta el número de sus habitantes, es en extremo extensa, lo que se explica por lo raro que son las casas conocidas por de vecindad, y porque aún quedan muchas bajas y las más altas no tienen más de cuatro pisos; y su aspecto, aunque, desde luego, varía según el punto en que el observador se coloca, es, de ordinario, majestuoso é imponente.

Ciudad que ayer no más nació para el lujo; que ayer se entregó en brazos de la moda; que hasta ayer empezó á emplear el refinamiento material europeo, muestra por doquiera galas y riqueza, esplendor y fuerza, coquetería y opulencia, todo flamante, del mejor gusto todo. Lo feo ha desaparecido como por ensalmo, ó se oculta humilde y avergonzado entre las magníficas construcciones modernas; y de lo viejo sólo se mantiene en pie aquello que para conservarse tiene derecho, por decirlo así, ó cuyos propietarios, por cariño ó por penuria, no quieren ó no pueden reformarlo; pero tanto lo uno como lo otro son la excepción, la débil nota discrepante.

EL CERRO DE SANTA LUCIA

Si de algo debe con razón estar ufana y orgullosa Santiago, es de poseer esa maravilla que se llama *Cerro de Santa Lucía*, al que los naturales del país nombraban *Huelen*.

Obra de la naturaleza, resultado quizás de una evolución geológica, convertido hoy en edén encantador por la fantasía brillante y por la actividad incansable de un hombre, el *Santa Lucía* es el rasgo más típico, más original de la población.

Para saber cuánto gusta, para apreciar todo lo que encanta, hay que visitarle. Lo que de él se diga, sobre todo cuando pluma tan inhábil como la mía haya de hacerlo, será bosquejo pálido y borroso.

Bien podría la fastuosa ciudad decirles á las grandes capitales: "Vosotras tenéis monumentos arquitectónicos que aventajan á los míos en tamaño, en costo, en hermosura; pero no tenéis nada que con mi *Santa Lucía* compita en primor, en belleza, en originalidad."

* * *

Es un promontorio de base ancha, al que se asciende por un camino de suave pendiente, en que caben tres ó cuatro carruajes á la par; á los lados de ese camino, una multitud de árboles y de plantas ostentan su lozanía, y mil y mil flores despiden su aroma, y lucen sus colores

variadísimos. En la cima del cerro, que no es regular, sino que, por el contrario, presenta varios planos, y entre lindos jardines y el follaje de árboles frondosos, elévanse una pequeña, pero preciosa iglesia de piedra, cerca de la cual está el mausoleo que guarda los restos de Vicuña Mackenna, el más fecundo de los escritores americanos; el teatro de *Santa Lucía*, que funciona en verano; un observatorio astronómico, que anuncia el mediodía con un cañonazo; un elegante y bien montado *restaurant*, en que se atiende con esmero á los que en él solicitan algún servicio; muchas estatuas, entre las que descuella la del heroico conquistador de Chile, Pedro de Valdivia, y un museo arqueológico, que contiene objetos anteriores á la llegada de los españoles y de los primeros años del coloniaje. A los pies del *San Lucía*, extiéndese la ciudad, la mayor parte hacia el Oeste, el Norte y el Sur; y hacia el Este, la cordillera andina se alza altiva hasta las nubes; presentando aquel conjunto un panorama indescriptible, en que la belleza muestra todas sus galas y sus formas todas.

* * *

Jamás olvidaré la tarde que, en compañía de un amigo y paisano mío, visité el cerro encantador.

Era una tarde de otoño. Ligera niebla envolvía á Santiago, y el sol, próximo á su ocaso, enviaba sus últimos, mortecinos rayos, que iban á herir la blanca cordillera, semejando hilos de oro y de plata.

¡Ah! Nunca mis ojos vieron nada igual; nunca mi atención estuvo tan suspensa; nunca gozó más mi ánimo. Puede la mente concebir grandezas y primores; puede la fantasía forjar mágicas visiones; pero ni aquélla ni ésta pueden crear lo que allí es realidad, realidad bellísima. Allí se juntan en armónico consorcio la obra de Dios y

la obra del hombre; allí se piensa y se siente; allí se goza, se admira y se recuerda......

Allí, en la cumbre del *Santa Lucía*, inquietada por todos lados vuestra vista, elevaréis vuestra alma al Sér Supremo, ¡oh vosotros los que le creéis autor de la naturaleza!, y también la elevaréis vosotros los desdichados que pensáis que el acaso produjo las grandezas del cielo y de la tierra; porque ante maravillas como aquéllas, el pensamiento se aleja de la duda, y vuela hacia Dios, sólo hacia El.

Allí, en la cumbre del *Santa Lucía*, inquietada por todos lados vuestra vista, pasaréis una, dos y tres horas, sin que el goce os abandone un solo momento, sin que vuestro corazón deje de latir de entusiasmo un solo instante.

Y cuando, pagándole tributo á la mísera condición humana, os hayáis cansado de contemplar todos aquellos primores y de examinar todas aquellas antiguallas; cuando la majestuosa cordillera, que una sábana de hielo cubre durante el invierno y desde fines del otoño hasta mediados de la primavera, haya rendido vuestra admiración con su imponente grandiosidad; cuando la opulenta metrópoli, orgullosa de sus monumentos suntuosos, de sus iglesias soberbias y de sus palacios riquísimos, haya satisfecho vuestra curiosidad, entonces tened por cierto, ¡oh vosotros los que sois jóvenes y amáis ó habéis amado!, que, llena vuestra mente de recuerdos y henchido de ilusiones vuestro corazón, os consagraréis á rendirle culto á la mujer, sea que hayáis concentrado vuestro afecto en una de las mil y mil bellas que hayáis visto en el discurso de vuestra vida, sea que de todas guardéis memorias, y de todas gustéis, y para cada una tengáis un poco de cariño y un pedazo de altar en vuestro pecho; pues nada más á propósito que aquel verjel paradisiaco, edén en miniatura, con su ambiente perfumado y su poe-

sía plástica, para que la imaginación se entregue en brazos de ese ideal eterno, jamás realizado, de esa aspiración constante, nunca cumplida, tras que todos caminamos, que expresa esta palabra: Amor.

Así pasaréis largos instantes, hasta que la actividad de vuestro sér os diga "basta," é ideas de otro género se enseñoreen de vuestro cerebro, y el reloj os indique que vuestra visita al *Santa Lucía* debe terminar.

Entonces bajaréis; pero creedme que haréis propósito de volver muchas veces, y que bendeciréis la memoria de aquel hombre extraordinario, patriota insigne y literato eximio, que se llamó Benjamín Vicuña Mackenna, á quien Santiago debe, en gran parte, su embellecimiento y el *Santa Lucía* lo que hoy es.

LOS LECHUGUINOS DE SANTIAGO

Hay tipos que en todas partes se parecen, tipos universales, por decirlo así; y el del pisaverde, ó lechuguino es uno de éstos.

Las diferencias que entre sí presentan los individuos, según su nacionalidad y el medio en que viven, son diferencias puramente accidentales, que en manera alguna afectan la esencia, el sér del tipo.

Peinará luenga cabellera el gomoso del Celeste Imperio; tendrá sus excentricidades el *dandy* de Inglaterra, y sus peculiares gustos de raza el italiano; en una palabra, el de aquí ó el de allá se aderezará de esta ó de aquella suerte, se vestirá de tal ó cual color, y gastará ó no pelos en la cara; pero todos son esclavos incondicionales de la moda, y en ser elegantes y en parecer bien cifran su dicha, su felicidad, su fortuna, sus ambiciones todas y todos sus ideales.

Hay hombres que todo lo ven, lo juzgan y lo aprecian de tejas abajo, y los hay también que tienen la punta de la nariz por norte de todos sus pasos y por guía de todas sus acciones.

El lechuguino, más *humilde* que aquéllos, pero menos *práctico* que éstos, lo ve, lo juzga y lo aprecia todo del sombrero abajo.

El campo de su actividad está circunscrito á su persona, que para él es el principio y fin de todas las cosas; por manera que un doncel de esta especie viene á ser

curioso, muy más interesante, y abrí los ojos cuanto me fué posible, para no perder ni un solo detalle de aquello que, á no dudarlo, tenía que ser magnífico, sorprendente, estupendo.

Pero ¡cuál no sería mi susto, mi asombro cuando ví que en el tal escaparate no había sino corbatas, guantes, medias, puños, unos cuellos altos, muy altos, como para pescuezo de girafa, y otros objetos por el estilo!

Pero, señor—torné á preguntarme,—¿será verdad, será posible que estos donceles, cuyo traje revela que están al cabo de los últimos figurines, y que se visten y engalanan con lo mejor, lo más fino, lo más rico; será posible que éstos se dejen cautivar por esas bagatelas que, excepto los cuellazos, nada tienen de particular, y menos aún de asombroso?

Un amigo mío que por allí pasaba me sacó de la duda.

—"Esos—me dijo con cierto desdén—esos son *futres* que viven á caza de las novedades de la moda; han visto algo flamante, esos cuellos tal vez; se han detenido á contemplarlos; se han extasiado pensando en cómo les quedarán, y en el efecto que producirán, y ahí los tiene usted más ufanos que si nosotros hubiéramos hallado la fórmula de la felicidad."

—Pero, ¿á tal grado llega la candidez humana?—le pregunté.

—Y pasa de ahí, amigo—respondióme.—Ya tendrá usted ocasión de formarse concepto cabal de ellos. Le presentaré á usted á uno, y ya verá usted si exagero ó no.

Con efecto: pocos días después, aquel amigo cumplió con lo prometido, poniendo ante mí, y diciendo nuestros respectivos nombres, á un *apuesto* chico, que, á lo que pude observar desde luego en él, no hubiera cambiado su estampa ni por la del mismísimo Narciso; aunque, á decir verdad, la tal estampa, puesta en manos de un pintor, habría sido modificada casi esencialmente.

¡Vaya si no era buen mozo el chiquilicuatro! Por ser barbilampiño, y porque la inocencia le retozaba en sus ojitos de buho desvelado, parecía uno de aquellos serafines pintados por la más gorda de las brochas y por el más inepto de los *brochistas*.

—Mucho gusto de conocer á usted—le dije apretándole la mano con amable efusión.

—Servidor de usted—me contestó con ese estiramiento propio de los del gremio, pero sin verme á la cara, sino paseando rápidamente la vista por mi traje y por el suyo.

Varias cosas le manifesté, y diversas preguntas le hice; pero él, respondiéndome apenas con monosílabos, seguía atento, imperturbable en el examen de nuestros respectivos trajes.

Diestro en esta clase de *lucubraciones*, sin secarse mucho sus sesos de chorlito, descubrió que el mío, decente y nada más, no sólo no competía con el suyo en lo que á elegancia respecta, pero que era el mismo que yo llevaba desde algunos días antes; y, haciendo un gesto de no disimulado disgusto y una mueca de desdén, tendióme su diestra, murmuró mi nombre, dió bonitamente media vuelta, y fuese.

Pocos días después volví á verle; pero ¡triste de mí! tuve la desdicha, que jamás acabaré de llorar, de que no me conociera ni me contestara el saludo.

El que se cambia ropa tres veces al día está muy sobre todos los demás mortales que no hacen otro tanto, y no puede, no, rendir su alto homenaje á cualquier hijo de vecino.

—"Y no piense usted—me advirtió el amigo aquel—que éste es una excepción: la tijera que le cortó, es la misma que ha cortado á todos sus congéneres. ¿Duda usted ahora lo de los cuellos?

* * *

Conocí á uno que, con menos pelos que una bola de billar, se afeitaba dos veces al día, ordinariamente, por supuesto, porque en ciertas ocasiones lo hacía tres; á otro, que vivía pendiente de su bigote, que memoria, entendimiento y voluntad las tenía puestas en su bigote, y que éste le trasportaba á tales éxtasis, que á cada paso, en la calle, olvidado del mundo y de los hombres, se daba de narices con los transeuntes; y, en una sastrería, escuché el diálogo que sigue, entre un *futrecito* y el maestro:

—Esto sí que no puede pasar. ¡Ni que fuera yo tan *leso!* Esto es horrible. Mire, maestro, no más. Al moverme (y el chico hacía contorsiones), se les forma una arruga á los pantalones. Véala, véala no más. ¡Yo no me pongo este mamarracho! ¡Sólo eso me faltaría no más!

Y, hecho una furia, quitóse los pantalones, y los arrojó sobre el mostrador.

—Tenga paciencia no más. Espérese no más—le decía el maestro.—Deje que se los arregle no más.

—¡Ya los hemos probado tres veces, y siempre están lo mismo no más!

—Pero si usted se mueve, ¡cómo no se han de arrugar! ¡Ni que fueran de madera!

—Pues si usted viera los que trajo un mi primo que *recién* vino de Europa, se le caería la baba. ¡Qué pantalones tan lindos! Loco se vuelve uno al verlos.

—Póngaselos otra vez no más—suplicóle el maestro.

El señorito, después de nuevas razones y de más enérgicas protestas, se los puso de nuevo; pero otra vez se enfureció, y con tan poca consideración los trató al quitárselos, que los separó por los fondillos.

EL CASTELLANO EN CHILE

Difícil, si no imposible, sería saber en cuál de las naciones americanas que heredaron de España el idioma castellano, se parla éste peor.

Lo que es indudable es que mexicanos, centro-americanos, colombianos, peruanos, chilenos, etc., etc., todos estropean lastimosamente el habla de Santa Teresa de Jesús.

Si se escribiera el diccionario de provincialismos, locuciones viciosas y faltas analógicas y prosódicas de cada lugar, resultaría casi tan voluminoso como el léxico de la Real Academia Española. Pocas, muy pocas son las voces que, al pronunciarse, no pierden su pristina pureza.

Y si de giros se trata, ¡qué giros, Dios bendito! Los más tienen algo de castellano y algo de francés, y á las veces son anti-gramaticales, y aún ininteligibles.

Puede asegurarse que, salvo los contados literatos y filólogos de cada país, nadie sabe de la misa la media por lo que á lenguaje respecta. Cuando se acierta, es por la misma razón que acertó el asno de la fabulilla, por casualidad.

Individuos que de escritores la pasan, y que de entendidos se precian, suelen no estar más adelantados que el vulgo; y prueba de ello son las hojas periódicas, atestadas, por lo general, de garrafales disparates de ortografía y de sintaxis, ante los cuales son tortas y pan

pintado los muy gordos de sentido que con frecuencia las *esmaltan*.

Muchos de los vicios de lenguaje que se notan en Chile, son comunes á toda la América española; otros lo son á las repúblicas vecinas, y otros, en fin, son exclusivos de aquel país.

Para conocimiento de mis lectores *chapines*, mencionaré algunos de los provincialismos y corruptelas de lenguaje que en Chile se usan con frecuencia.

* * *

—¿Por qué no tuve el placer de verla á usted en el *Parque Municipal* ayer tarde?—pregunté á una *porteña* amiga mía, que era *tiemple* (pretendida, novia) de un apuesto *futre* (lechugino, pisaverde, gomoso), y la cual, por ser muy buena moza, tenía muchos *pololos* (cortejos, perseguidores), casi todos los cuales le parecían muy *chinches* (antipáticos), por ser muy *lesos* (bobos, tontos) y, sobre todo, porque solían *curarse* (emborracharse).

—Porque me dolía la *guata* (estómago)—me respondió.

—¡Cuánto lo siento! Pero ya está usted bien, ¿no es verdad?

—*Recién* (luego, pronto) me alivié.

—De manera que estaría usted fastidiadísima.

—No tanto, pues me la pasé *aguaitando* (espiando, acechando, viendo) en la ventana. Sólo *rotos* (gente del pueblo, plebe) pasaron; pero vino la *guagua* (criatura, niño) de mi hermano, y como es tan *dije* (graciosa, donosa), y mete mucha *bolina*, me entretuve bastante.

* * *

—¡Hola, Fulanito! ¿Cómo está usted?—le dije una noche á un caballerito á quien había yo sido presentado pocos días antes.

—Aquí me tiene usted *remoliendo* (corriéndola, *parrandeando*, que decimos por acá) y medio *curado* (embriagado); pero *recién* me voy adonde mi *china* (amante), que es una *rucia* (rubia) preciosa.

* * *

El andén, aunque sea tan ancho como el de algunas cuadras de la calle de la *Victoria* ó de la *Alameda de las Delicias*, es allá *vereda;* el agente de policía, *paco;* el altanero ú osado, *impávido;* la chistera, *tarro de unto;* el hongo, *tongo;* el que está enamorado, está *templado* (aunque el pobrecillo esté peor *acordado* que violín de músico de la legua; el que padece de tisis, tiene *calentura*, y *caliente* estará hasta que estire la pata, por más que el frío le llegue hasta la médula de los huesos; el campesino es *guaso;* la jarana es *remolienda;* fumar dícese *pitar:* ganancia ó ribete, *llapa;* la moneda feble de á veinte centavos, *chaucha;* el centavo, *chico;* y así, mil y mil cosas tienen nombres peculiares y estrambóticos, que la memoria no conserva fácilmente.

* * *

La manera de conjugar los verbos, mejor dicho, el uso de algunos tiempos verbales es por demás original é incorrecto; pero en semejante pecado sólo incurre el vulgo, justo es declararlo. *Tú teney*, *tú habey*, *tú comey*, etc., etc., por tú tienes, tú has, tú comes, etc., etc, dice allá la gente baja.

* * *

Entre las incorrecciones prosódicas, llama la atención el modo de pronunciar la g y la j: *giente*, *gieneral*, *mujier*, dice todo labio chileno.

* * *

Hay expresiones que á cada paso se repiten: cada pueblo tiene las suyas favoritas. En Chile de nada se abusa tanto (ni del licor) como del *no más*. A todo se le agrega el *no más* á guisa de colita Pase usted *no más*, siéntese *no más*, coma *no más*, váyase *no más*, ande *no más*, etc., etc., etc.

Juntando todos los *no mases* dichos por un solo chileno, se llenarían gruesos volúmenes.

Clase, manera, modo, suerte son siempre *laya:* zapatos de esta *laya*, género de esta *laya*, vestido de esta *laya*, esta *laya* de *giente*, etc., etc.; y bueno, excelente, superior, exquisito, fino son siempre *rico:* reloj *rico*, vino *rico*, tela *rica*, gusto *rico*, etc., etc.

Los aumentativos y diminutivos son también prodigados en demasía.

Para los *caballeros* (la gente *decente* de por acá), todo termina en *cito*, *illo* é *ito: asicito*, *allasito*, *adiosito*, hasta *lueguito*, al *tirito* (de una vez), etc., etc.; y para los *rotos* (la plebe), todo en *azo: pocazo*, *grandazo*, *adiosazo*, hasta *luegazo*, etc., etc.

Una señorita pidió en cierta ocasión una *tacitita chiquilla*, y una *rota* exclamó en presencia de un niño mofletudo de pocos meses: ¡qué *guaguaza* tan *grandaza!*

Una apuesta chica de la *high life* puede dar monumentales calabazas mediante un monísimo *nocito*, que no por *fino*, dejará de ser *pesadito:* y una *rota* de rompe y rasga puede aceptar con un antipático *siazo*, capaz de poner en duros aprietos la resistencia del tímpano.

* * *

Al chileno (que, de paso sea dicho, goza de excelente apetito), no le basta con desayunarse, almorzar, *hacer*

las once (refrigerio que se toma á las tres de la tarde, poco más ó menos), y cenar; á casi todas las palabras les quitan un *bocadito*.

Ejemplo:

Pues es siempre *pú:* sí *pú* ó no *pú*.

Cuando el *pú* brota de los labios carmíneos de una bella, casi, casi suena bien; pero cuando, por el contrario, sale, entre vapores de chicha, de los labios de un *roto curado* que baila la *cueca* (zamacueca), ¡Jesús, cómo hiere los oídos el maldito medio vocablo!

—"Dicen que la mar es ancha"—canta la *rota*.

—"Será *pú*"—contesta el *roto*.

—"Dicen que en ella caben muchos navíos."

—"Cabrán *pú*."

* * *

Algunas de las expresiones enunciadas, figuran escritas sin cursiva en los diarios, y aún en folletos y libros; lo cual prueba, tal vez no descuido, sino que los escritores y autores no siempre están muy al corriente de cuáles palabras son castizas, ó puras, y cuáles no lo son; cosa que, preciso es declararlo, nos acontece á todos los que embadurnamos cuartillas, con pocas, pero muy pocas excepciones.

* * *

No terminaré este articulillo sin hacer mención de una curiosidad, que tal es, que se relaciona con la materia á que él se refiere.

Uno de los rótulos más originales que haya, ó pueda haber, en el mundo, lo tiene una botica de Valparaíso. ¡BOTICA CONSTITUCIONAL! reza, en vistosos caracteres dorados, el letrero puesto sobre las puertas del estable-

cimiento; y si el propietario de éste es hombre práctico, de esos que en política están "al sol que nace y al pastel que se hace," es seguro que la CONSTITUCIONAL de ahora fué DICTATORIAL en los últimos meses de la administración de Balmaceda.

Cuando leí en Sonsonate "ZAPATERÍA ILUSTRADA," pensé que tal letrero no tendría rival, por lo disparatado, en parte alguna, que sería el *non plus ultra* de los letreros tontos; pero me equivoqué de medio á medio, porque, á la verdad, cuesta menos, mucho menos suponerles *ilustración* á las suelas, becerros, clavos, etc., etc., que *constitucionalidad* á los emolientes, aceites, específicos, drogas, tóxicos, etc., etc.

Yo le concedería una medalla, una condecoración cualquiera, al que concibió semejante rótulo; pues tengo la convicción íntima y profunda de que si se hubiese abierto un concurso para recompensar al que hubiese hallado el más impropio, el más absurdo de los adjetivos para calificar al sustantivo botica, aunque se hubieran contado por miles los aspirantes, á ninguno, sí, señor, á ninguno se le hubiera ocurrido el archi-originalísimo CONSTITUCIONAL.

Sí; se necesitó de un ingenio muy raro para haberle puesto CONSTITUCIONAL á una botica. ¡Prez eterna á su autor insigne!

La Sociedad Chilena

Las leyes de Chile son, por lo general, esencialmente democráticas; pero en Chile, como en toda la América libre y civilizada, la sociedad está dividida en esas tres clases que se denominan alta, media y baja, ó, en otros términos, aristocracia, burguesía y plebe; clases más ó menos separadas entre sí según los hábitos, las costumbres y las circunstancias especiales de cada lugar.

Los límites entre una y otra no están bien definidos, y no es dable, por tanto, señalar con exactitud el punto hasta dónde llega la plebe, y aquél en donde la clase media termina.

De la nobleza colonial, cuyos privilegios desconoció y echó por tierra la República, sólo quedan algunos vástagos, unos cuantos viejecitos y viejecitas apergaminados que se sienten rejuvenecidos cuando hablan de los blasones de sus mayores, ó cuando recuerdan las *fazañas* de sus bisabuelos, ó las hebillas de plata que éstos llevaban en el calzón, ó bien el lema de la casa solariega. Pero esta aristocracia pertenece á la historia. En la nobleza americana de nuestros días entra por muy poco la prosapia. La nobleza de hoy admite en su seno á todos ó casi todos los favorecidos de la fortuna, del poder, del talento y de la ilustración, aunque el nombre de sus abuelos sea un misterio, y su color revele la parte que de negros, ó aborígenes llevan en la sangre.

El que recorra la lista numerosa de las familias que

constituyen la moderna aristocracia chilena, fácilmente se convencerá de que esto es así; pues entre ellas hallará apellidos españoles, ingleses, franceses, y apellidos que jamás han sido de grandes de España, de Inglaterra y de Francia, pero de individuos que al país llegaron sin más patrimonio que su deseo de trabajar y sin otro título que su honradez.

Muy común es oir decir que Chile es profundamente aristocrático.

Y lo es, en realidad; pero esa aristocracia no es la de la sangre; ni puede serlo, dado que Chile fué, quizá, la colonia española menos favorecida en todo por la Madre Patria. Las familias que en el país se establecieron, no eran las más distinguidas, ni mucho menos, de las que de España vinieron á América; y lo mismo se puede asegurar de las procedentes de otras naciones.

Dije que en Chile hay clase alta, media y baja; pero cuando bien se observa, se comprende que el linde que separa á la primera de la segunda, depende más de la posición pecuniaria que de otra cosa. El que es dueño de algunos millones de pesos, ese es hoy noble, no sólo en América, también lo es en las monarquías europeas, á menos que se empeñe en no serlo.

En este sentido, la sociedad chilena puede dividirse en dos agrupaciones, entre las que hay marcadísimas diferencias. *Caballeros* llámase allá á los que pertenecen á la primera de esas agrupaciones, y con el mote de *rotos* se señala á los que forman la segunda.

Como, á pesar del abismo que entre unos y otros existe, no son imprescriptibles los privilegios, por decirlo así, en que se funda la *caballerosidad* ó la *rotez*, resulta que el *caballero* puede *arrotarse*, y que el *roto* puede asimismo *acaballerarse;* bien que esa *metamórfosis*, que no es frecuente, necesita de tiempo y preparación.

Por supuesto que hablo prescindiendo de pormenores

y detalles, y que no tomo en cuenta los motivos que algunos puedan ó crean tener para juzgarse muy por encima de los demás.

Los *caballeros*, *nacidos* ó *formados*, son en Chile los que mandan, gobiernan, legislan y enseñan; ellos ocupan casi todos los puestos públicos; ellos son, por lo corriente, los jefes del Ejército y de la Armada, y en sus manos está, por tanto, la suerte de la nación.

Y así tiene que ser, porque ellos son los que más saben, y son los dueños de la riqueza, cuyo poder es incontrastable.

No hay, pues, razón para tachar de oligárquico el gobierno de la ilustrada y floreciente república del Sur. La democracia tiende á la nivelación social, y á nadie excluye de sus dominios; pero exige, y con sobrados motivos, que la suerte de los pueblos se encomiende á manos hábiles y expertas; pues, de lo contrario, los triunfos por ella alcanzados, serían en un todo ilusorios.

¡Bendita oligarquía la oligarquía que ha hecho de Chile la primera, la más culta, la más libre, la más adelantada y mejor constituída de las repúblicas hispano-americanas!

El *roto* es el tipo del hombre feliz, si lo hay. El resto del género humano le preocupa tanto como las penas de las ánimas del Purgatorio, de las que jamás se acuerda, y más hallado está con su suerte que San Pedro con la portería del Cielo.

Déjenle trabajar en paz, y divertirse á gusto, que lo demás le tiene sin cuidado.

Pueda mover las piernas al compás de una *cueca*, y no carezca de unos *chicos* para chicha, y desátense todos los huracanes sobre su cabeza; que si para todos "las penas con pan son buenas," para él con *cuecas* y chicha no hay penas, ni cosa que lo parezca.

Hay dos especies de *roto:* el que se puede llamar ur-

bano, y el rústico ó del campo, que allá denominan *guaso.*

Las diferencias entre aquél y éste son de accidente; estriban en ciertos hábitos y en su mayor ó menor ignorancia.

Ni el *lépero* de México, ni nuestro *lana*, ni el *llanero* de Colombia, ni el *cholo* del Perú, ni el *gaucho* de la Argentina, se parecen al *roto* de Chile.

Rústico y dado á los vicios, como aquéllos, el *roto* tiene, sin embargo, rasgos de dignidad y de altivez que le recomiendan y distinguen por todo extremo.

Es dócil y obediente con sus amos y superiores; pero no permite que se le ofenda en lo más mínimo. Aguantaría una bofetada antes que soportar una injuria; y así, cuando se le ofende, pide y exige pronta satisfacción.

Ama á su patria con idolatría, y se siente orgulloso y satisfecho de ser chileno.

Su valor en los campos de batalla llega á la temeridad.

—¿Qué harían ustedes si vinieran los *gringos?*—les pregunté á varios cuando la cuestión que se suscitó con los Estados Unidos Norte-Americanos, con motivo del incidente del *Baltimore*, no estaba concluída en definitiva.

—Nos los comeríamos, señor—me respondieron con tanta convicción, como si ya lo hubieran hecho.

Como bracero, es excelente.

Sus defectos, por tanto, quedan casi obscurecidos por sus cualidades.

Un poco de cultura y morigeración son las dos condiciones que deben exigirse del *roto* para que el organismo social, en ejercicio de todas sus variadas funciones, produzca resultados opimos, y labre la felicidad y la grandeza completas de la nación.

EL BALMACEDISMO (*)

Los hombres que rodearon á Balmaceda en los últimos meses de su período presidencial, esto es, durante la Dictadura; muchos de los que simpatizaron con él ó con su régimen político; algún que otro despechado, prófugo de este ó de aquel partido, ó de tal ó cual agrupación, y los comparsas anónimos que, así en la esfera oficial como en el proscenio de un teatro, ayudan con su presencia á la exposición, desarrollo y desenlace de una acción; esos forman lo que hoy en Chile y en el exterior se llama *balmacedismo*.

No merece éste por cierto la denominación de partido político; cuádrale mejor el nombre de bandería; porque ni defiende un cuerpo de ideas, ni está verdaderamente organizado.

Además, sus tendencias son por todo extremo personalistas y, por ende, harto estrechas.

(*) Este artículo fué escrito, como los demás de la colección, hace algunos meses, y sin tener á la vista las modificaciones que el transcurso del tiempo causa, no sólo á los hombres y á las cosas, sino también á las ideas; por manera que es muy probable que no dé á conocer el bando en él bosquejado tal y como es hoy en día. La política del actual Presidente de Chile, Vice-Almirante don Jorge Montt, y las últimas decisiones parlamentarias han sido de conciliación; y, en consecuencia, las pasiones de partido se han calmado, y casi todos los que, á la caída del Dictador, abandonaron á su patria, temerosos los unos de ser castigados, creyendo los otros ser víctimas de persecuciones, han vuelto al seno de ella.

Comparando, pues, el *balmacedismo* con los que en la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas se llaman á sí propios partidos, nada de especial ofrece.

Con efecto: tiene un santón (ilustre, es verdad), Balmaceda, mejor dicho, la memoria de éste; tiene adalides, heraldos y corifeos, aspirantes á Ministro, á Diputado, á Intendente, á General, ó que antes desempeñaron alguno de estos cargos, ó estuvieron investidos de tal carácter, al igual que pasa con tantos y tantos famosísimos bandos de la América colombina; aspira al poder; quiere mandar á todo trance, y no se para en medios para conseguir su fin.

Ahora, parangonando el *balmacedismo* con los partidos chilenos, conservador, nacional ó *monttvarista*, liberal y radical, se observa un verdadero contraste entre el uno y los otros; porque éstos, al contrario de aquél, están debidamente organizados; los anima un ideal, el deseo de hacer prevalecer los principios que profesan y sostienen, y luchan, por tanto, con las armas de la razón, en el terreno del derecho.

Entiéndase que no me refiero á personalidades, sino que hablo de agrupaciones, y que lo dicho acerca de éstas, en manera alguna se relaciona con aquéllas. Hay entre los *balmacedistas* personas honorabilísimas, hombres de valer y de méritos positivos.

Y ya que hago esta salvedad, bueno será decir que las circunstancias, generadoras de tantos males, han obligado en parte á esta fracción de la familia chilena á defender, contra sus convicciones íntimas, ese orden de cosas anómalo que, en hora maldecida, surgió de la *Moneda* en los comienzos de 1891.

La Constitución de Chile consigna el sistema representativo como forma de su Gobierno; establece, por tanto, la independencia entre los Poderes del Estado, y dá al Presidente la facultad de nombrar á sus Ministros.

Balmaceda, al resistirse á la voluntad del Congreso (que exigía un Ministerio de su agrado), obraba, pues, de acuerdo con los preceptos de la Carta constitutiva; estaba en su derecho.

Pero en Chile las prácticas están más adelantadas que la ley escrita, y el parlamentarismo ha sido puesto en uso desde hace ya muchos años. En esto, como se ve, hay un avance, más en armonía, tal vez, con los principios del derecho y con las leyes de la justicia.

De una parte estaba, pues, el derecho, que asistía á Balmaceda; y de otra, la razón, la justicia, que apoyaba al Congreso.

Mas no era esto sólo: Balmaceda, á quien tanto debe el liberalismo de su patria, se había engreído de tal suerte, que aspiraba á que su voluntad imperase en todo y sobre todo; y, ciego, ofuscado completamente, quería llevar á la *Moneda*, como sucesor suyo, á un hombre obscuro en política, sin antecedentes, sin vida pública, y tener en el Ministerio, compartiendo con él las faenas administrativas, personas que, si ameritadas hasta cierto punto, no eran de la confianza del cuerpo parlamentario, ni contaban con la opinión de la mayoría del país.

Ahora bien; el individuo no deja de ser siempre el mismo, y entre el político y el particular hay estrecha, íntima, acaso absoluta mancomunidad de afectos, ideas y propósito; por manera que, y para no salir del caso presente, los que acompañaban á Balmaceda por simpatía á su persona, y estaban además vinculados con él por opiniones y creencias, ó por intereses puramente individuales, no tenían en cuenta lo torpe, ó ilegal de sus manejos.

Por eso, y acaso porque se fundaban en una ley, en el derecho, digámoslo así, el Dictador tuvo por servidores á los que en los últimos días lo habían sido del Presidente, esto es, á los que aceptaron el sistema político de

los últimos meses de su administración constitucional.

El origen del *balmacedismo* es lógico, y hasta legal, si se quiere; y como la política casi nunca juega á cartas limpias, es también aceptable.

Pero ¿se podrá decir otro tanto de su presente, de su actualidad? ¿Será lógico y legal y aceptable el *balmacedismo* de ahora?

Lo fuera quizá, y sin quizá, si le animaran tendencias encaminadas á un verdadero ideal, ó más explícitas por lo menos.

Pero proclamar, como proclama, al Jefe muerto como la primera y principal base de su sistema, como la causa eficiente de su *teoría*, y pretender valerse, como lo ha intentado, de golpes de cuartel para llegar al sólio del poder, es absurdo á toda luz é ilegal hasta la evidencia.

"Balmaceda:" hé aquí la consigna del *balmacedismo.*

Más le valiera decir: "Vicuña;" pero nadie se acuerda, ni hace maldito el caso del chasqueado don Claudio.

La mayor parte de los *balmacedistas* son liberales. Pues bien: el liberalismo ¿ha desaparecido de Chile? No; que ahí está, y trabaja, y lucha, y batalla con tesón, sin tregua, así en la prensa como en el club, tanto en la tribuna como en los comicios.

Sin embargo, hay una valla entre el bando dictatorial, que también se le llama así, y los liberales que fueron sus enemigos; valla constituída por el odio, por la tirria atroz, implacable, que aquél siente hacia éstos, no sin carecer de todo fundamento. Los vencedores no fueron tan generosos como les correspondía. Por otra parte, muchos *desterrados* del presupuesto no se avienen jamás á vivir fuera de él.

La verdad es que mientras los que al bando pertenecen, no comprendan su error, y no dén de mano á sus maquinaciones, Chile no tendrá sosiego, y su prosperi-

dad se verá amagada, cuando no sea detenida, á cada paso.

El Gobierno actual de aquella República, aunque esté sujeto á las fluctuaciones de la opinión en el seno del Congreso, es bastante fuerte para sostenerse y contener los intentos de los dictatoriales de ayer; porque aquellas divergencias desaparecen ante el enemigo común, ante el *balmacedismo*, que, al apoderarse de la *Moneda*, barrería con todos.

Por manera que no estaría fuera de razón suponer, á menos que la política chilena adopte nuevos rumbos, que los conatos de sedición, ó revolución que haya en lo sucesivo, como los que hasta la fecha ha habido, no producirán otro resultado distinto del que en Europa produce el anarquismo: siniestros, hecatombes y ahondamiento de la división social.

MUERTOS ILUSTRES

Tres hombres eminentes murieron en Chile durante mi permanencia allá: Manuel Antonio Matta, Francisco Javier Molinas y el P. Salvador Donoso.

A los tres los conocí, y, por eso, les dedicaré algunas líneas.

* * *

Manuel Antonio Matta era el jefe del radicalismo chileno.

Su talento profundo, su saber vasto, su patriotismo muchas veces probado y su honradez sin tacha, le elevaron con justicia á tan alto puesto.

A mi distinguido amigo Carlos T. Robinet, Diputado por Copiapó y joven de clarísima inteligencia y de brillante ilustración, le oí decir estas palabras acerca de Matta: "Su único defecto es no haber amado jamás."

Para que su definición fuese del todo completa y clara, debió Robinet haber agregado el complemento "á mujer alguna."

Porque Matta amaba con idolatría á su patria, y vivía enamorado de sus principios y de sus ideales.

Era filósofo, poeta y estadista.

Como filósofo y como poeta, es relativo su valer.

Como estadista, estaba á la altura de los más notables. Por eso sus correligionarios le elevaron á la Jefatura de su partido.

Educado en Alemania, mamó las enseñanzas de aque-

lla filosofía nebulosa, que, por uno ú otro camino, conduce siempre á la incredulidad y muchas veces al ateísmo.

Matta tal vez llegó á este último extremo; y, sin embargo, era casi un santo por la austeridad de sus costumbres.

Yo me explico este fenómeno: Matta no tenía pasiones; era todo facultades, y entre sus facultades predominaba la razón.

Por eso fué también amigo constante de la ley, defensor incondicional de la justicia y del derecho.

Sólo cuando se trataba de la honra de la patria se enardecía. El fué quien redactó, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, la "nota insultante" dirigida al Plenipotenciario de los Estados Unidos Norte-Americanos, con motivo del incidente ocurrido en Valparaíso á los marineros del buque de guerra *Baltimore*.

Sus mejores obras no son las que escribió; son las que la historia escribirá.

Nunca me olvidaré de él. Le ví por primera vez en el zaguán del *Hotel Oddo*. Altísimo, moreno, de frente espaciosa y mirada penetrante, parecía un anacoreta sin barbas. Como sus hábitos, era también austera su fisonomía. Vestíase con sencillez, y usaba la chistera de ala más ancha que nunca hayan mis ojos visto.

Todo Chile lloró su muerte. Sólo algunos *balmacedistas* se atrevieron á escarnecer la memoria del patricio sin mancilla; lo cual demuestra hasta qué punto llega la ceguedad de las pasiones políticas.

Yo soy ultramontano en religión y conservador en política; soy, por tanto, adversario de Matta en ambos sentidos; pero ante la honradez de las acciones y la sinceridad de las creencias me quito el sombrero.

* * *

Francisco Javier Molinas era marino, Contra-Almirante de la Armada chilena.

Su historia no tiene páginas brillantes; pero tampoco tiene un solo borrón.

Balmaceda le declaró traidor á la patria; pero cuando Balmaceda le había hecho traición á las instituciones, á la justicia, cuando era Dictador.

La maldición lanzada por un réprobo, cae sobre la frente de éste; es la escupida que se arroja al cielo.

Molinas luchando por el triunfo de la Constitución, probó ser más patriota que aquel que la pisoteó. En este sentido, Chile le debe más al revolucionario que al gobernante.

* * *

El saber unido á la inteligencia, el patriotismo á la filantropía, la franqueza á la virtud: tal era el P. Donoso.

Desde el periódico más rojo hasta el más ultramontano, todos enlutaron sus páginas en prueba del pesar que á todos causó la separación eterna del digno Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, y todos dedicaron sus columnas de honor á reseñar los servicios por él prestados á la patria, así en el desempeño de su augusto ministerio, como en los días en que las circunstancias pusieron á prueba el patriotismo de los chilenos.

La iglesia del *Espíritu Santo*, en que estuvo depositado su cadáver, era insuficiente para contener el gentío que acudía á darle el último adiós al sacerdote, al amigo, al patriota, al filántropo.

Confundido entre la multitud, pude penetrar hasta cerca del presbiterio, y desde allí me fué dado observar cómo se siente cuando bien se quiere.

El chisporroteo de las miradas de aquellas vírgenes

que, de rodillas, elevaban al Cielo sus preces devotas, rivalizaba con el chisporroteo de los cirios y de las velas que, en número incalculable, ardían sobre los altares y sobre el catafalco; y el llanto que de sus ojos brotaba, más tristeza infundía en el alma que todos los crespones y cortinas negros que cubrían el ataud y las paredes y pilastras del templo.

¡Qué encanto el de unos ojos bellos anublados por copioso raudal de lágrimas! ¡Cuánta poesía hay en el llanto de una hermosa!

Y al P. Donoso no le lloraron sólo las vírgenes, sus hijas de confesión, las que escuchaban sus consejos y su palabra evangélica; le lloraron mujeres y hombres, ancianos y niños; le lloró toda una sociedad.

Era notable orador sagrado. A este respecto, el más elocuente de los predicadores contemporáneos de Chile, el Pbro. Ramón Angel Jara, escribe de él: "Bastaría la oración fúnebre pronunciada por él en honor del Padre de la Patria, don Bernardo O'Higgins, en la repatriación de sus restos, para justificar su reputación de literato distinguido y elocuente orador, honra del púlpito americano."

De su carácter franco á par que juguetón, dá idea el sucedido siguiente:

Cierto doncel enamoróse (es un decir, por supuesto), de una vieja más fea que un calambre.

La vieja, que escuchaba la voz del P. como la de Dios, fué á consultar con aquél si le parecía ó no que se casara ella con el mozalvete.

—¿Quiere usted casarse?—le preguntó el P. con formalidad.

—Sí, señor—repuso la vieja.

—Y ¿quiere usted al joven ese?

—Sí, señor.

—Pues cásese usted no más.

—Muy bien, señor.

A los pocos días tornó la vieja en busca del P., para manifestarle que tenía miedo de llevar á cabo el matrimonio, porque creía que no era ella, sino su fortuna la amada.

Vióla atentamente el P., y en seguida exclamó:

—¡Y qué otra cosa había de ser, señora! Usted es vieja, muy fea y tan gorda......

EL POR QUÉ DE ESTA OBRILLA (*)

Estas líneas deberían ir al principio, y, por eso, van al fin.

Así dijo, en caso parecido, no sé ahora quién.

Nací en tierra de mujeres bonitas, y ¡vaya si me gustan aquellas de mis paisanas que recibieron de Dios los dones de la gracia, de la gentileza y de la hermosura!

Donde quiera que haya estado, las he recordado con fruición, sin olvidar uno solo de sus hechizos, ninguno de sus encantos; pero, adorador de la belleza, mi entusiasmo por ella no se ha circunscrito, no se circunscribe á un punto; sino que, por el contrario, ha crecido, crece allí donde he visto, allí donde hay Evitas en cuyos ojos se asoma la serpiente tentadora; allí donde he visto, donde hay huríes en cuyas boquitas, frescas como las hojas del durazno en primavera y rojas como una flor de geranio que abrió el sol de la mañana,

(*) Como el léxico de la Real Academia Española de la Lengua dá el nombre de libro á la publicación que tiene más de doscientas páginas, libro iba á ser ésta (la publicación, está claro); pero, al coleccionar los artículos, suprimí aquellos que á sus muchos defectos agregaban el muy gordo de referirse casi exclusivamente á mí.

puso Satán, que no Dios, el germen de casi todos los pecados....

De este modo me excusé, no há mucho, cuando una de mis más donosas amiguitas me dijo, con cierto tonillo de reconvención y con la más mona coquetería:

—A usted no le gustamos las guatemaltecas; sólo las chilenas y las peruanas. Sólo cuando habla de ellas, se entusiasma usted.

—¿Son muy lindas las mujeres del Sur?—me preguntó en seguida.

—Hay lindísimas, como usted—le repuse.

De esto se originó mi deseo, que (aunque muy mal) realicé, de describir, siquiera fuese á grandes rasgos, lo que la hija de Guayaquil y de Lima, la de Valparaíso y Santiago tienen de adorable, así por lo que á su parte física se refiere, como por lo que á su sér moral respecta.

Iniciada mi labor, acudieron á mi mente los recuerdos de los lugares de Sud-América que visité; y uno tras otro fueron saliendo de mi pluma algunos de los artículos que preceden á esta especie de advertencia, á este *por qué.*

En uno de ellos escribí: «Hablar de una ciudad sin decir algo de sus bellas, sería grave pecado de omisión.»

Debí haber escrito: Hablar de las bellas de una ciudad ó de un pueblo sin decir algo de esa ciudad ó de ese pueblo, sería lo mismo que hablar de Venus, de Júpiter, de Sirio y de todos los astros

que recrean y deleitan nuestra vista, olvidando el cielo azul, la bóveda inmensa en que gravitan.

Ahora bien; como un recuerdo trae otro en pos de sí, el recuerdo de esos lugares trájome el de algunos de los sucesos que en ellos acaecieron durante el tiempo en que los visité, ó que, ocurridos con anterioridad, llegaron á mi conocimiento, el de algunos de sus hombres más eminentes y el de algunas de sus cosas más notables.

Así nació esta obrilla.

Excúsenseme, por tanto, los mil errores que contiene; y como la culpa principal de ellos la tiene mi amiguita, que, sin saberlo, me movió á tomar la pluma para escribir algo de lo que de viva voz habíale contado, á ella dedico las páginas que anteceden.

Su nombre me lo callo: esta vez quiero ser como el conspirador de ánimo entero, que si confiesa su culpa, y acaso revela qué la motivó, guarda para sí el nombre de sus cómplices....

Acepte, pues, la niña gentil de ojos bellos esta ofrenda, que, aunque modesta y pobre, como mía, le corresponde por su *complicidad;* y juntos purguemos el delito de haber dado á la estampa lo que no debió haber salido de la memoria, por más que en ésta ocupara, como ocupa, lugar preferente.

ÍNDICE

Páginas.

Puná.................................... 3
Guayaquil................................ 9
El Callao................................ 21
Lima 25
La Limeña................................ 31
Ricardo Palma............................ 37
Bromita de Limeña........................ 42
Ir por lana y salir trasquilado 47
Tacna y Arica 53
Iquique 57
Valparaíso 63
La Porteña 77
En todas partes se cuecen habas.......... 81
Viña del Mar 85
Quillota 89
Santiago 97
El Cerro de Santa Lucía.................. 109
Los lechuguinos de Santiago.............. 113
El castellano en Chile................... 119
La sociedad chilena 125
El Balmacedismo.......................... 129
Muertos ilustres......................... 135
El por qué de esta obrilla............... 141